

La Ilustración Artística



Año XX

BARCELONA 9 DE SEPTIEMBRE DE 1901

Núm. 1.028



PUREZA cuadro de José M.^a Tamburini. (Exposición Robira, calle de Escudillers.)

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. —*Frente á frente*, por Enrique Corrales y Sánchez. —*Los montes de Málaga*, por A. Jerez Perchet. —*La cabeza de Su Majestad*, por Juan Tomás Salvany. —*Nuestros grabados.*—*Noticias necrológicas.*—*Problema de ajedrez.*—*Norberto Dys*, novela ilustrada (continuación). —*República Argentina.*—*Buenos Aires.* «*La Martona*,» por Justo Solsona. — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.—*Pureza*, cuadro de José M.^a Tamburini. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Frente á frente*. —*¡Gloria!* Primera, segunda y tercera parte, tríptico de José Mentessi. —*Accidente sufrido por M. Santos-Dumont en la ascensión en globo verificada en París en 8 de agosto último.*—*Beethoven*, cuadro de L. Balestrieri. —*Dolce far niente*, cuadro de Nightingale. —*Estatua erigida en Salzburgo á la memoria de la emperatriz Isabel de Austria*, obra de Edmundo Hellmer. —*Monumento funerario* (fragmento), modelado por Eloy Palacios. —*República Argentina. Buenos Aires.* «*La Martona.*» Vista del lado Este. — Vista general del depósito central. — Vista general de un tambo. — Departamento de leche maternizada. — Departamento para la fabricación de la manteca. — Interior de una casa de venta. — *Goya*, estatua modelada por Vicente Bañuls.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Venezuela y Colombia. — La guerra. — Operaciones en el Táchira. — Causa y finalidades del conflicto. — La Gran Colombia. — Intervención de los Estados Unidos. — El canal de Panamá. — Intervención europea. — La población, el comercio y los capitales europeos en América.

El 26 de julio último la *Gaceta Oficial* de Venezuela publicaba la siguiente proclama:

«Cipriano Castro, presidente provisional de la República, general en jefe de sus ejércitos, etc., etc., á los venezolanos. — ¡Compatriotas! El sagrado territorio de la patria ha sido invadido por un ejército de colombianos comandado por el traidor Carlos Rangel Garbiras, penetrando por las vías de Ureña y San Antonio. — Al anunciaros este atentado, que afecta al honor y la paz de la República, cumplo con mis deberes de primer responsable de la suerte de Venezuela, diciéndoos que ya á esta hora han sido dictadas todas las disposiciones que tan grave atentado reclaman. De modo que, para facilitar el ejercicio de mi autoridad discrecional, como comandante en jefe del ejército venezolano, y conciliar á la vez con aquella mis deberes de presidente de la República, el Ejecutivo Federal ha hecho uso de la atribución 21.^a del artículo 89 de la Constitución Nacional suspendiendo aquellas garantías individuales cuyo ejercicio puede ser incompatible con la defensa del orden público. — Y al propio tiempo, he ordenado que diez mil veteranos del ejército de Occidente marchen inmediatamente sobre San Cristóbal á apoyar la autoridad del gobierno del estado Táchira, y hacer respetar la soberanía y la integridad del territorio nacional. — Estamos, pues, de pie, el gobierno y el ejército; y al participároslo, juro por ambos, en nombre de la República, que todos nuestros deberes serán cumplidos. — Así, pues, compatriotas, pido y reclamo en nombre de Venezuela, en estos momentos solemnes, el concurso decidido de todos sus hijos que no sean — como Rangel Garbiras — traidores á la patria, y que tengan exacta noción del honor y del deber. — Palacio de Miraflores en Caracas, á 26 de julio de 1901.»

El teatro de la guerra iba á ser la montañosa zona de los Andes venezolanos que se avecina á Colombia, el Estado del Táchira, separado de esta República por el río de igual nombre (Táchira) que, según el laudo arbitral dictado por España en 1891, forma frontera entre Venezuela y Colombia. No era difícil allí cerrar el paso á los invasores.

Según los partes oficiales que tenemos á la vista, también publicados en la citada *Gaceta*, Rangel traía 6.000 hombres. Superiores en número eran las fuerzas de que podían disponer los venezolanos, y muy diligentes fueron sus generales; el 28 estaban ya en las alturas de San Cristóbal, y á las doce del día, en las cercanías de esta ciudad, atacaban á los invasores. Se peleó todo el día y casi toda la noche, se renovaron las cargas al amanecer del 29 y se siguió combatiendo hasta las dos de la tarde. Rangel quedó derrotado, y los restos de sus tropas retrocedieron hacia Colombia. Los venezolanos habían tenido muy sensibles bajas; un general y tres coroneles muertos, dos generales y otros tres coroneles heridos. Conviene recordar que en el ejército de Venezuela son muy numerosos los generales y los coroneles.

De sucesos posteriores ya no tenemos noticias concretas y verídicas, pues hay que poner siempre en cuarentena las que nos transmiten las agencias

telegráficas y los servicios particulares de la prensa diaria. Nos dicen que Venezuela procura fomentar las rebeliones dentro del territorio colombiano; que los revolucionarios dominan entre Colón y Panamá, y operan también en el Cauca y no lejos de Bogotá; que, según el cónsul de los Estados Unidos en Panamá, parece inminente un levantamiento general en la pequeña República (si lo de *pequeña* se refiere á Panamá, Panamá no es República; si á Colombia, no sabemos por qué se califica de pequeña á una República cuya superficie es casi triple que la de España); que una segunda invasión colombiana en Venezuela ha sido completamente derrotada; que 30.000 soldados venezolanos guardan la frontera, y que el conflicto se puede dar por terminado; que el conflicto se agrava, porque Castro envía una expedición naval á Barranquilla (puerto fluvial en el Magdalena, en comunicación con el mar) con fuerzas de desembarco que van á invadir el territorio colombiano para apoyar á los revolucionarios, etc., etc.

* *

Hasta el día, no puede considerarse esta contienda como una guerra internacional. Es una fase más de la lucha entre liberales y conservadores en América y en todo el mundo. En el gobierno de Colombia predomina el partido conservador; en Venezuela el bando liberal. Los conservadores de Venezuela buscan apoyo en los de Colombia para robustecer sus fuerzas, muy debilitadas por consecuencia del triunfo de Castro, y en cambio, éste alienta y favorece á los jefes del movimiento revolucionario en Colombia, que años hace ya mantienen la intranquilidad y la guerra civil en ese país.

Según declaraciones semioficiales del presidente de Venezuela ó de funcionarios muy allegados á él, no hay propósito deliberado en ninguna de las dos Repúblicas de atentar contra la independencia de la otra; la guerra es «la obra del gobierno conservador colombiano, dirigida contra la majestad de la nación venezolana.»

En el mismo sentido se expresan los colombianos: «esta guerra que nos amenaza jamás la emprenderán nuestros pueblos, uno contra otro; se empeñará, de una parte, por un hombre que, colocado en presencia de dificultades interiores, emplea los fondos de la nación en atizar la discordia entre dos repúblicas hermanas y en derramar la sangre inocente para satisfacer su insaciable ambición, y de otra, por el gobierno legalmente constituido en Colombia y que, apoyado en la justicia y visiblemente ayudado por la Providencia, triunfará de ese odioso ataque.»

* *

Con ocasión del presente conflicto, parece que se avivan las aspiraciones á rehacer la obra del gran Bolívar, la República de Colombia constituida por las actuales de Venezuela, Colombia y Ecuador, y hay quien supone que es este el fin principal de la guerra. Pero hasta ahora nadie, entre los contendientes, ha alzado la bandera de la Unión.

En una de sus proclamas declara Rangel que el supremo deseo de los pueblos que formaron la Gran Colombia es reconstituir aquella gloriosa nacionalidad, que apremiantes exigencias de la época hacen más necesaria que nunca. «Nuestro pabellón, dice, no debe ser el de los partidos y ondear sobre nuestras querellas intestinas; debe ser el estandarte de la Gran Colombia. Pero es insensato, añade, pretender que la unión, la gran confederación de Estados del Norte de la América del Sur (acaso con algunos de la América Central) se realice por la fuerza de las armas é imponiéndose uno de ellos á los demás. Es menester el acuerdo de todas las nacionalidades que hayan de formarla, y este acuerdo difícilmente se alcanzará si persiste la oposición de doctrinas y procedimientos políticos entre los gobernantes de aquellos países.»

* *

El conflicto preocupa al gobierno de Washington. Y no, ciertamente, porque crea que haya de ser su consecuencia la unión colombiana, sino por el temor de que la guerra dé pretexto á la intervención de naciones europeas, con lo que pueda mermarse ese influjo predominante que los Estados Unidos pretenden ejercer en toda América, y también por la contingencia de un cambio de política en Colombia que lleve al gobierno hombres bien avenidos con Castro y sus partidarios y dispuestos á suscitar toda clase de dificultades para impedir que los yanquis realicen sus aspiraciones sobre el canal de Panamá.

Cada día que pasa va notándose más el vivo deseo que aquéllos tienen de apropiarse los derechos

para la construcción del canal por Panamá. Recientemente, telegramas de Washington declaran que los gastos necesarios para terminar este canal se estiman muy inferiores á los del canal de Nicaragua, y «se confía en que la compañía de Panamá preferirá hacer concesiones á los Estados Unidos, mejor que ver á éstos construir el canal de Nicaragua.»

Potencias europeas se preparan á intervenir también en la guerra para defender, si preciso fuera, los intereses de sus nacionales, y lo hacen, no con igual, sino con mayor motivo que los Estados Unidos del Norte. Es intolerable, por la falta de fundamento, la pretensión que esos yanquis tienen de ejercer la exclusiva en los asuntos de América.

En la mayor parte de las Repúblicas de la América del Sur y del Centro, la colonia extranjera de origen yanqui es insignificante. Citaremos algunos datos. En Venezuela hay 14.000 españoles, 6.000 ingleses, 4.000 holandeses, 3.000 italianos, 2.500 franceses y 1.000 alemanes: los yanquis son ¡doscientos treinta! En la Argentina, en el Uruguay, en el Paraguay y en otros Estados ni siquiera dan los censos el número de individuos de origen norteamericano; son tan pocos, que figuran englobados en «nacionalidades varias.» Sólo en Méjico aparecen en segunda línea, después de los españoles; son éstos 12.200; aquéllos, 10.200.

Ni tampoco desde los puntos de vista económicos han conseguido los mercaderes, los industriales y los capitalistas yanquis imponerse á los europeos en América. Méjico aparte, donde la inmediata vecindad de la Unión de Washington y otras causas dan el primer lugar al comercio con la República anglo-americana, exceptuando también algunas Repúblicas del Centro, en los demás países del Nuevo Mundo predomina el comercio europeo.

En la misma América Central, en Nicaragua, el comercio inglés (434.450 libras esterlinas) (1) supera al de los yanquis (311.900), y Alemania (277.000) se acerca al de éstos. En El Salvador, Inglaterra, Francia y Alemania juntas (9.136.000 dollars) representan casi el doble que los Estados Unidos (5.100.000). En el comercio argentino éstos figuran después de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Bélgica, cuyo comercio total suma 213 millones de pesos, es decir, unas 17 ó 18 veces más que el tráfico yanqui argentino. En Chile, el comercio inglés está representado por 155 millones de pesos, el alemán por 51 millones y el de los yanquis por 15, igual al de Francia. En el Perú, el valor del comercio inglés es triple que el del yanqui (22.400.000 y 7.300.000 pesos respectivamente), y éste casi igual al alemán (6.800.000). En el Uruguay, Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania aparecen sobre los Estados Unidos del Norte: á 2.900.000 pesos oro asciende el comercio de éstos; el de aquellas naciones es en total de 29.700.000; Italia y España, con 2.860.000 y 2.213.000, igualan casi á los Estados Unidos.

Y en las grandes empresas financieras é industriales, laboreo de minas, explotaciones agrícolas, vías de comunicación y otras obras de interés público, no van á la zaga de los capitales yanquis los capitales europeos. Algunas de las *Revistas* anteriores lo demuestran, y basta además recordar que los estudios, proyectos y primeros trabajos para llevar á cabo la obra magna de América, el canal interoceánico, en Europa se iniciaron, y Europa fué la que aportó la mayor parte de los recursos y elementos necesarios para acometer la empresa. La acción de los Estados Unidos se redujo á entorpecer y dificultar, cooperaron en el fracaso de Panamá, y si no hay aún comunicación entre los mares Atlántico y Pacífico por el centro de América, culpa es de los gobiernos de Washington.

La fórmula de «América para los americanos,» en el sentido que hoy le dan las gentes del Norte de ese continente, las que se han apropiado el nombre de *americanos*, ni significa una realidad, ni puede expresar un ideal. Esas Américas del Centro y del Sur prosperan y se engrandecen principalmente gracias á sus relaciones con Europa, que poco á poco las va ayudando á poblar y explotar sus vastos y fértiles territorios, y que mantiene con ellas tráfico importantísimo, reforzándose así los lazos de afecto y de intereses que unen al Nuevo Mundo con el antiguo.

Si alguien ha de intervenir en los conflictos que surjan entre los Estados hispano-americanos, sobre todo para procurar avenencia y restablecer la paz, son las naciones europeas las que mejor derecho tienen, y no deben tolerar que se interpongan los Estados Unidos, como no sea en el lugar secundario que les corresponde.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) Estas cifras son la suma de los valores de la importación y exportación consignados en el último *Almanaque de Gotha*.



I

Atlético, duro como la roca de que se extraía el mineral que había enriquecido á la comarca, Santiago Alvarez fué en el espacio de muchos años, por el aliento y el brío de su voluntad incontrastable, servida por la complexión hercúlea de su cuerpo de gigante, sojuzgador de la población que, al incentivo de la ganancia, en la extensa cuenca vivía. Morena la tez, ardorosa la penetrante mirada de los grandes ojos, negros como una pesadumbre, enhiesta siempre y altiva la cabeza, bien asentada sobre el tronco musculoso y recio, el cuerpo de Santiago dejaba adivinar, bajo la pobre ropa de jornalero que le cubría, la perfección de aquellas estatuas en que los helenos cuajaron, para asombro de las edades venideras, la representación plástica del vigor y de la fuerza, que ciega é indómita se transparentaba en el aspecto de la persona, marcada toda ella con el sello de imponente y bárbara hermosura.

A los pocos días de llegar á la región minera y emplearse en sus labores, los hombres más ariscos y bravíos, acarreados de sitios tan diversos, endurecidos en la brutal tarea que en otras edades fué misión de los transgresores de las leyes penales ó de las muchedumbres azotadas por el látigo de la esclavitud, hubieron de someterse de bueno ó de mal grado á las exigencias del recién venido que, satisfecho del temor que su presencia infundía, halagado por el homenaje que se le prestaba, supo mantenerlos durante muchos años, contrastando con violento empuje á cuantos se le oponían, rindiéndolos maltrechos á sus plantas.

La fama de su valor, unida á la hermosura de aquel soberbio bloque humano, en que la naturaleza había derramado con hartura las gallardías de la línea y de la forma, hizo que contara por docenas los amores que la facilidad de costumbres de la región pródigamente le ofrecía.

Un día, cuando ya el coloso contaba cincuenta años, sin que el iniciado decaimiento natural de su fuerza gastada en el ímprobo trabajo hubiere amenguado su soberano imperio, ya fácil y corriente, como si la prescripción hubiera consolidado el tácito pacto sellado por el miedo, súpose que Santiago se casaba con una hermosísima muchacha de dieciséis años, llamada María, huérfana de madre, y cuyo padre, usurero de baja escala y de quien se decía que con sus pequeños préstamos y adelantos semanales á los obreros había amasado un capital, acababa de morir.

La murmuración clavó sus dientes á placer, cuidando de que las emponzoñadas mordeduras, el susurro malévolo y procaz, no llegaran á oídos de quien, dado el caso, era capaz de hacer astillas al maldiciente. Díjose que en la aquiescencia de María había la sugestión de la voluntad incontrastable del novio, que se había impuesto á la joven sin ambages ni escarceos preparatorios de enamorado, sino con orden expeditiva y terminante, que ni pensar dejaba á aquélla en los treinta y cuatro años que á los futuros cónyuges separaban; asegurése que Santiago, además de la posesión de una doncella de espléndida y singular hermosura, ansiaba la de las sonantes monedas que el viejo usurero había acaparado. Hablillas fueron éstas deslizadas en voz baja y temerosamente

de boca á oídos y que nadie pudo confirmar, pues ni Santiago era capaz de hacer á nadie tales confidencias, ni María tenía amigas, por el círculo de malquerencia en que la sórdida profesión del padre, retraído, brusco, solitario y duro, la había rodeado.

La boda, efectuada al poco tiempo, marcó para Santiago un cambio completo de conducta. Sin anuncio previo, sin acto alguno ostensible, resignó de hecho la soberanía que por tantos años había ejercido, concentrando en el hogar toda su existencia. Cuando durante los largos paseos que solo acostumbraba á dar por las noches al través de los campos, algún amigo intentaba entablar conversación, hallaba respuesta tan seca y breve, que le obligaba á continuar su camino sin pretender siquiera turbar la soledad de su compañero.

La verdad era que éste, gozoso y cada vez más conmovido por el amor de María, guardábalo avariento para sí solo, ocultándola á la mirada de los hombres, celoso hasta del aire que la joven respiraba. Nadie hubiera conocido al audaz baratero que en los sucios tapetes de las tabernas se alzaba antes con las ganancias, en el hombre tranquilo y apacible que jamás tocaba las cartas más que para entablar con su mujer partidas en que se limitaba á jugar los años.

El alejamiento de Santiago de los sitios donde había sido señor y dueño hubiera producido natural alegría en cuantos por el valor y la entereza de aquél se habían visto tantos años contenidos, si un nuevo adalid, Gonzalo Pérez, un mancebo de veinticinco años, recién llegado á la comarca, no hubiera venido á ocupar el abandonado puesto, recogiendo una herencia que vanamente intentaron algunos disputarle. De mediana estatura, flexible y ágil como una serpiente, dotado de músculos fuertes como el acero, de rostro fino y bello como el de una mujer hermosa y cháchara viva animada con reflejos de lenguaje señorial aprendido en las grandes capitales, hallaba en su gracia nativa, en su valor temerario, en su audacia insolente y fiera, los medios de hacerse querer de las mujeres y temer de los hombres. El único que hubiera podido atajarle en su camino y mantenerle á raya era Santiago, y éste había abandonado por completo el campo de su dominio, entregado por entero al celoso cuidado de sus amores.

II

Una noche de julio, á la mitad de su solitario paseo, Santiago echó de menos la petaca. Sempiterno fumador, súpole mal la contrariedad que le impidió la satisfacción de su placer favorito. Entonces recordó con enfado que en un pequeño estante colocado á la cabecera de la cama había quedado la petaca, al lado de una caja de fósforos en cuya cubierta, distraído, mientras reposaba la cena, había dibujado con agujeritos hechos con la punta de un alfiler una diminuta M, inicial del nombre de su mujer. Aquel recuerdo pueril le molestaba, porque no acertaba á explicarse cómo habiendo dejado por un momento la petaca en el estante mientras se ponía la chaqueta, había podido olvidarla. Su genio pronto y resuelto le hizo suspender el paseo, desasosegado por la falta de cigarros, y encaminarse á su casa, adonde llegó mucho tiempo antes del que otras noches acostumbraba.

La casa, situada al borde de la carretera, tenía á la espalda un pequeño jardín que María cuidaba con esmero. Cuando Santiago llamó á la puerta, y como tardaran en abrir, parecióle oír dentro ruido precipitado de pasos, vaivén de personas, rumor contenido de voces breves y angustiosas. Una ola de asombro cayó sobre él y sintió en el corazón el golpe de la sangre, acelerada con fuerte sacudida. Con prisa nerviosa asió el cordón de la campanilla, que sonó en el interior con loco arrebató, y como todavía no abrieran, descargó sobre la puerta formidable puñetazo que retumbó seco y pavoroso en el silencio de la noche. Entonces, y sólo entonces, se abrió la puerta, y en su marco, cubierto de obscuridad, se dibujó la figura informe de María.

— ¿Quién estaba ahí? ¿Qué hacías?, preguntó Santiago, hosco, airado, con ansiosa incertidumbre.

Sonó la voz de María, trémula y confusa. Se había dormido..., sobresaltada se había despertado al rumor de la campanilla, y acudía ya, cuando la había acabado de asustar el golpe dado en la puerta.

Con efecto, el susto debió de ser grande, porque al penetrar Santiago en la habitación principal de la casa, donde había luz, vió el semblante de María cubierto por palidez de muerte: una onda de desconfianza y de angustia le subía, ahogándole, á la garganta, hinchándole el ancho pecho. Lanzó en torno una mirada inquisitiva, como si luz, muebles, ambiente, pudieran decirle lo que habían visto.

De pronto, con rabia loca, se abalanzó á la alcoba y registró con olfateo de fiera los más recónditos rincones. Herido por súbita idea, se asomó á la ventana; al otro lado de la cerca de un metro de altura que circuía el jardín, parecióle ver la silueta de un hombre que se alejaba. Fué fantasma vago de un momento, mas bastóle para que la duda se asiera con mayor ímpetu á su corazón.

Volvióse, y halló á María sentada en una silla, llorando silenciosamente, con la cabeza apoyada entre las manos.

Entonces hubo larga explicación entre el hombre iracundo y la mujer llorosa; como en las tempestades, el rayo pronto á surgir de la mano del marido, se desvaneció en la continua lluvia de lágrimas de la esposa, que sentida del agravio, mostróse quejosa y lastimada. El vislumbre de certeza del primer momento, trocó en duda, se adelgazaba sutil en la cabeza y en el pecho de Santiago, hasta convertirse en nada. Sin embargo, como si la llama en que se había encendido su corazón no pudiera extinguirse de pronto, cuando ya con medias palabras reconciliados entraron los esposos en el lecho, aún ardía allá, en lo más hondo del cerebro y de las entrañas, el rescoldo de una duda que, atosigándole, bastó para que su sueño, de ordinario negro y profundo, fuese inquieto, agitado, como los estremecimientos que, con susto de María, también desvelada, corrían á lo largo de su cuerpo.

La luz blanquecina de la aurora puso término al febril desasosiego. Puesto en pie Santiago, consumiéndose el frugal desayuno, disponíase á marchar á su trabajo, cuando, maquinalemente, se asomó á la ventana desde donde la noche anterior había parecido ver la silueta del hombre perdiéndose entre las sombras.

De pronto dió un grito terrible, mezcla de alarido de angustia y de ira, que paró en firme á María, ocu-



pada en sus menesteres caseros, dejándola yerta de horror en el centro de la habitación.

El minero había visto debajo de la ventana, tronchados y rotos, como por la reciente caída de un cuerpo pesado, los tallos de las plantas que en las macetas y en el suelo erguían pocas horas antes su verde lozanía.

Con mano poderosa asió el brazo de María, y de un empujón la lanzó hasta la ventana, mostrándole el destrozo del jardín. No fueron menester palabras; la mirada atónita y extraviada de la mujer fué reveladora terrible de la verdad, y Santiago, en un paroxismo de rabia, mudo, imponente, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, como si ahogar quisiera las injurias que á borbotones le acudían á la boca, asió á María con entrambas manos, la alzó del suelo, la sacudió con sus brazos poderosos como si fuera débil manojito de cañas, y la lanzó contra la pared. Una silla que separada del muro atenuó el golpe, salvó la vida de la esposa, que ensangrentada y sin conocimiento cayó al suelo.

Ante la mujer tendida pareció sosegar de pronto la irritación colérica del que la había postrado.

Por espacio de unos minutos la estuvo contemplando embebido en su hermosura, sintiendo arraigarse en el alma necesidad de venganza, llevando su pensamiento al cómplice de la falsía. Calma horrible se enseñoreó de él, y midió la hondura tremenda de la situación. Necesitaba saber el nombre del que le había arrebatado su tesoro. La seguridad del logro de su deseo le dió la tranquilidad que en lances empeñados había valido en otros tiempos la admiración y el temor de sus contrarios. Aquella noche su misma esposa habría de revelarle el nombre del que, en el egoísmo rabioso de sus celos, había sentenciado á muerte: después ya vería lo que haría de ella.

Entonces auxilió á la caída, que comenzaba á dar muestras de volver en sí. Una vecina, por él llamada, quedó al cuidado de María en aquel suceso, explicado por causa natural y corriente. Sólo á hurto de la mirada de la que en el trance la auxiliaba, llevó el índice de su mano derecha á los labios, recomendando silencio.

Poco después salía en dirección de la mina, donde el trabajo le llamaba, despidiéndose con un «hasta la noche,» en cuyo tono firme, vibrante, reconcentrado y duro palpitaba todo género de amenazas.

Cuando Santiago llegó á la boca del pozo que había de sumirle en la mina, ya habían descendido casi todos sus compañeros. Ceñudo, airado, más sobrio que nunca de palabras, bajó hasta el fondo, sin olvidar, no obstante su preocupación, y siguiendo inveterado hábito, dejar caer, al pasar, desde su candil, la gota de aceite en el que alimentaba la lámpara que alumbraba la imagen de la Virgen, colocada en una de las paredes del pozo.

En el fondo de éste aguardó con los demás, antes de internarse en la galería, la llegada de algunos compañeros que faltaban. Entre los últimos descendió Gonzalo Pérez, cuya voz potente y hermosa dejaba oír al bajar la copla del minero, impregnada de práctica humana en aquellos parajes donde una explosión de gas, un desprendimiento de tierras ó de rocas, un simple paso en falso, lleva consigo la muerte:

Cuando bajo pozo abajo,
voy pensando en Dios divino;
cuando subo pozo arriba,
en las mujeres y el vino.

Formáronse las cuadrillas, y á poco sólo se oía entre las densas tinieblas, salpicadas por las gotas de luz de los candiles, el ruido de los picos, zapapicos y barrenas mordiéndose la dura roca.

Santiago, por nueva distribución hecha por los capataces, trabajaba aquel día al lado de Gonzalo. Esquivo y receloso mientras estuvo al lado de los obreros que se disponían á comenzar sus tareas, parecía que en los rostros había de leer los pensamientos recónditos que las frentes ocultaban, la chacota disimulada de los que quizá supiesen lo que él jamás había imaginado. Tal vez entre los que aquella mañana le habían saludado estaba el causante de su infortunio. Al desplome inmenso de su confianza en

asíó la caja, en la que vió la M toscamente delineada por él la noche antes con la punta del alfiler. La sombra que llenaba su mente se desvaneció como á la luz de un relámpago, y la verdad entera penetró de golpe en su entendimiento. Gonzalo la noche antes había cogido la caja que al lado de la petaca estaba, y la casualidad había venido á denunciarle cuando menos podía pensarlo.

— ¡Eras tú!, dijo Santiago mirando de hito en hito á Gonzalo.

Había tal convicción en el acento, tal ira en el rostro, tal amenaza en el ademán, que Gonzalo, viéndose descubierto, sin comprender de manera clara por qué, no intentó siquiera negar. A su valor verdadero y hondo cuadróle la situación franca y despejada.

— Pecho á pecho y cara á cara, te probaré en saliendo que si anoche huí no fué por miedo, dijo en voz baja, sosteniendo impávido la mirada de Santiago.

Este, calmado de pronto, alzó la voz para decir con tono de reconcentrado aborrecimiento:

— ¡Te juro, por mi alma, que en saliendo de la mina he de partirme, infame, el corazón!

Aquellas palabras atrajeron á los obreros que cerca trabajaban.

— ¿Qué pasa?, preguntó alguno.

— Cosas nuestras, murmuró Santiago.

Un silencio penoso siguió á estas palabras. Harto se comprendió que todo era inútil; mas lo tremendo del choque entre aquellos dos hombres tan altivos, tan fuertes, tan valientes, llenó de angustia y miedo á los obreros, que con rapidez pasmosa se enteraron del encuentro.

Santiago y Gonzalo asieron los instrumentos de su trabajo, y prosiguieron mudos y al parecer indiferentes su tarea. Cuando la barrena se hubo introducido en el suelo, sentóse tranquilamente Gonzalo en él, y rodeando aquélla con sus piernas y sujetándola con las manos, la mantuvo derecha y perpendicular. Santiago, puesto en pie, alzó el martillo, describió con él amplio semicírculo y descargó certero golpe sobre el clavo de la barrena. El bloque de hierro pasó rozando la cabeza de Gonzalo que, sentado, miraba á su adversario; harto leía en sus ojos el odio y la venganza, pero claro al mismo tiempo veía en ellos que no se abrigaba en aquel hombre la intención alevosa del asesino.

Y muchas horas, las que faltaban para que aquellos dos seres sumidos en las entrañas de la tierra y cargados de odio pudieran satisfacerlo, transcurrieron medidas por los golpes de aquel martilleo perseverante y continuo, que la más ligera desviación del brazo del marido hubiera terminado, haciendo saltar en trozos la cabeza del amante.

Una ansiedad temerosa cundía y se dilataba entre los hombres que poblaban las galerías, dudosos todos ellos del resultado que podría tener el choque entre el antiguo matón, ya algo envejecido, pero fuerte y vigoroso, y el joven, ágil, diestro, industrial en todas las arterias de la navaja.

Cuando al anochecer salieron los obreros de la mina, vióse á los dos hombres caminar juntos, sin que hubieran pronunciado una sola palabra. Diseminados los mineros aquí y allá entre los repliegues del terreno, vieron también que al llegar á un sitio que ofrecía ancho espacio para sus deseos, detenían el paso y se colocaban frente á frente.

La lucha fué breve: dos veces Gonzalo, con agilidad increíble, esquivó los golpes de su contrario, y acometiendo á su vez, le alcanzó sin lograr dar con



¡GLORIA!, tríptico de José Mentessi, adquirido por el ministerio de Instrucción Pública de Italia para la Galería Nacional. — Primera parte. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1901.)

María, uníase la idea del ludibrio de que seguramente era objeto, y los dos pensamientos, que en formidable consorcio le atenaceaban el ánimo, mandaban fuerza imponderable á su brazo, que al herir, armado del pico, la roca, hacía volar, con ira en que desahogaba sus ímpetus, gruesos fragmentos.

Gonzalo, á su lado, entregado á la misma labor, silbaba gozoso y satisfecho una canción canallesca. La alegría de su compañero hacía daño á Santiago, irritándole y punzándole como si fuera un insulto. Dos horas después de comenzado el trabajo, tuvieron que variar la ocupación. Había que barrenar la roca perpendicularmente, y los dos, soltando los picos, se dirigieron á un cóncavo de la galería en que yacían en el suelo los instrumentos que habían de emplear: Gonzalo una barrena de aguda punta y ancha cabeza de clavo, y Santiago el martillo de largo vástago que debía servir para hundir aquélla en el pétreo suelo.

Al bajarse Gonzalo para recoger la barrena, cayó del bolsillo del chaquetón una caja de fósforos, basta y ordinaria, que con ademán acelerado intentó recobrar; antes de que lo efectuara, la mano de Santiago

él en tierra. Visto á distancia el combate, parecía que sólo los puños jugaban en la pelea; mas el puño que golpeaba iba armado de ancha hoja de acero que, rasgando la carne, ansiaba el término de una vida. De pronto, Santiago, tocado la tercera vez, dió un salto monstruoso, y asiendo con la mano izquierda á Gonzalo, le golpeó el pecho con rabiosa furia. Los dos se desplomaron confundidos, pero el joven cayó debajo, y el marido de María, en las ansias de la muerte, chorreando sangre por todas partes, concentró todo su encono en un supremo esfuerzo para cumplir su juramento, atravesando con la ancha hoja de la faca un corazón que ya no palpaba.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ.

(Dibujo de Triadó.)

Málaga y su vega, y en planos distintos, las montañas de Yunquera y Mejas y las que, apartándose de la costa, van á confundirse con las cimas adustas de los Gaitanes.

El Mediterráneo cierra al Este, al Oeste y al Sur la línea del panorama espléndido y luminoso, y en determinadas horas vese en remotas lejanías surgir la silueta del *Hacho* de Ceuta.

Los *Montes de Málaga* constituyen un laberinto intrincado, con retiros de tal modo ocultos, que sin el auxilio de los prácticos en el terreno sería casi imposible su acceso.

Veredas inverosímiles, abiertas en las pendientes, establecen comunicaciones entre los lagares, y sólo poseen carriles para carruajes porción escasa de aquéllos; mas adivínase que las gentes nacidas en

yendo un conjunto que escapa á la perspectiva del arte y que difícilmente pudiera el pintor trasladar al lienzo, merced á la gama caprichosa de tonos esparcidos dondequiera.

La niebla baja con frecuencia de las cimas á las pendientes superiores y acaba por invadir las profundas cañadas; y entonces la decoración modifícase y reviste un sello inexplicable de vaguedad que impresionada.

Los contornos de las rocas se esfuman; los árboles muestran súbito apariencia lúgubre, que hace pensar en el bosque descrito por Dante en su *Inferno*; y al través de las gasas flotantes que semejan sudario gigantesco, percibimos las esquilas de los rebaños que luego se destacan de aquellas vaporosas vestiduras y nos llevan á la realidad, en pos de las



¡GLORIA!, tríptico de José Mentessi. - Segunda parte. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1901.)

LOS MONTES DE MÁLAGA

La reputación que ha alcanzado la zona denominada *Montes de Málaga*, en el concepto de sus privilegiadas condiciones para devolver la salud, abreviar las convalecencias y dar vigor y energías á los valedudinarios, es ciertamente merecida, y así lo declaran los testimonios de ilustres médicos extranjeros y españoles, que le consagraron minucioso estudio.

Aparte de esta preciosa cualidad, ofrecen los *Montes*, merced á su extraña estructura, paisajes selváticos de indudable poesía, y reúnen factores distintos, que forman un conjunto de singular belleza.

En los *Montes* habita una población numerosa, esparcida en multitud de casas de campo denominadas *lagares*, que se destacan sobre elevadísimas cumbres y en profundos barrancos, en vertientes ásperas y en mesetas de fácil acceso; y llama la atención en esas construcciones la variedad de la arquitectura, limitada unas veces á lo más indispensable de la vivienda, y otras ajustada á las exigencias del lujo y la comodidad.

Los *Montes de Málaga* empiezan á la salida de esta capital, hacia el Norte; tienen como arteria la carretera que conduce por la *Cuesta de la Reina* á Granada, y concluyen á unas cuatro leguas del punto de partida, en el pueblo de Colmenar.

La carretera elévase en prolongado zizás, y durante el amplio trayecto de la región que recorre permite descubrir hermosos horizontes, que abarcan á

los *Montes* las utilizan ajenas al esfuerzo y al cansancio, ágiles cual corzos y rápidas como golondrinas.

Sin embargo, un mal paso puede costar la vida, porque en el fondo de las cañadas, sobre lechos de piedras, corren y rugen las aguas de arroyos que, en la época de las lluvias, se convierten en destructores torrentes.

Impera el silencio en estos parajes agrestes, ejemplo de las bellezas de la creación, y lo turban sólo el canto de los ruiseñores que moran en los cipreses y en las avellaneras de las casas rústicas, el cuco arisco y el perro que ladra á las ovejas.

El cuadro reviste las notas del idilio, no desvirtuado con las exageraciones de la época en que fué moda entonar loores á las costumbres pastoriles.

No surge del panorama el *colorismo* convencional, ni tampoco vienen á las mientes reminiscencias de la *edad de oro*; los tipos que á los oficios del pastoreo se dedican son *humanos*, pero el emplazamiento que ocupan y la grandeza que ofrece el mundo de las montañas, son componentes de indudable poesía que se imponen y sugestionan.

En aquellos desabridos parajes se desarrollan escenas que conmueven con la virtualidad de su hermosura, al mostrarnos en variadísimos aspectos las armonías de la naturaleza.

Cuando descende la lluvia revisten los campos tintes sombríos, y á veces la masa de agua, rota por un rayo de sol, proyecta multitud de matices en el suelo, en los vegetales y en los edificios, constitu-

alucinaciones que poco antes nos habían fatigado.

Las cascadas resuenan sin cesar en los abismos abiertos entre las montañas y se precipitan desde grandes alturas, ya con ímpetu avasallador, ya menos soberbias, ó ajenas, quizá, á los resquemores de la lucha constante contra la piedra esquiva y la maleza poderosa que pretenden oponer un valladar á las aguas glaciales, coronadas de blanquísimas espumas.

* * *

La vegetación africana y la andaluza, en consorcio con diversas plantas tropicales, visten mesetas, huertos y vertientes, y de tal modo, que el plátano, el naranjo y el almendro prosperan á extraordinaria altitud; hecho que se explica por la circunstancia de que los *Montes* imitan en muchos sitios figuras de pantallas, impidiendo así al viento Norte desenvolver su acción nociva para aquellos ejemplares.

Estos sitios, de brillante abolengo en la historia agrícola de Málaga, se transforman en teatro brillante, nutrido de galas y animación, cuando la primavera y el estío favorecen la vida del campo. Entonces gran número de familias de Málaga se trasladan á los lagares, y á poco se inaugura un alegre período de fiestas, jiras y reuniones, á las que pone fin el otoño con su adusto ceño.

La estructura de los *Montes*, verdaderamente original, convida á las excursiones en demanda de amplios horizontes, porque la mayoría de los predios

están contruídos en parajes cerrados por una serie interminable de cerros, y claro es que las expediciones á la carretera ó á determinadas cumbres permiten admirar zonas inmensas variadas y luminosas.

Los *Montes* hacen pensar en la población gallarda que les da nombre, y sobre todo en los accidentes de la vida, tan perceptibles en los individuos como en las localidades.

Fueron antaño elemento de fecunda riqueza, representada, sobre todo, por las viñas que engalanaban la tierra, para brindar luego el vino *Pero Ximen*, de universal nombradía.

Más tarde la filoxera destruyó los veneros del bienestar, y por último, hace algunos años, se ha iniciado la repoblación con plantas resistentes al terrible insecto.

Pero aparte este punto de vista, ofrecen los *Montes* una preciosa condición, ó sea la curativa, que reclama serio estudio, en el concepto humanitario; y de aquí los propósitos, ya un tanto esbozados, de construir en la zona mencionada un *Sanatorio* para tuberculosos.

Si las poderosas iniciativas del espíritu catalán imperasen en Andalucía, es evidente que prestaría aquél sus servicios; y cruzarían las faldas de los cerros fáciles sendas, en contraposición con las actuales; veríamos ferrocarriles funiculares enlazar unos sitios con otros; encontraríamos elegantes hoteles, á semejanza de los que ofrece Suiza á los viajeros; y por último, estos lugares, ahora adustos, reunirían los encantos del *comfort* moderno y las ventajas positivas de las constantes y recíprocas relaciones.

El presente, bajo tal concepto, nada tiene de risueño; ¡ojalá que en un próximo porvenir se borren las deficiencias apuntadas!

A. JEREZ PERCHET.

LA CABEZA

DE SU MAJESTAD

En aquel tiempo menudeaban los atentados contra los jefes de las familias reinantes. En Franconia dos soberanos, uno tras otro, habían sido asesinados de otras tantas puñaladas; en Runcófila una terrible bomba, reventando en la cámara imperial, había matado al emperador y malherido á dos individuos de su cesárea familia; en Portobello el rey José, un monarca campechano si los hay, al atravesar la plaza de la Constitución, caía en el interior de su propio carruaje con los proyectiles de un trabuco alojados en el pecho y en la cara; finalmente, en la misma pacífica Hispolania, Su Majestad Pedro III acababa de ser objeto de un feroz atentado, del que saliera ileso, por fortuna. La opinión estaba indignada en todos los países, y las autoridades, activamente secundadas por los agentes de seguridad, no se daban punto de reposo.

Así no es de extrañar que el *Lince*, famoso polizonte de Hispolania, hubiese recibido órdenes severas y prolijas instrucciones, encaminadas á precaver una catástrofe.

Harto de vigilar sin resultado en Valdominos, la capital del reino, creyó el *Lince* oportuno trasladarse á Barcavieja, donde, según la voz pública afirmaba, existía un centro tenebroso de anarquistas y conspiradores de todas layas y calibres.

A los pocos días de vigilancia allí, hubieron de llamar singularmente su atención dos sujetos de mala traza y modales sospechosos. Aquellos hombres iban siempre juntos y frecuentando calles extraviadas, comían en las tabernas, hablaban en voz baja,

dirigiendo en torno miradas recelosas, acompañando sus palabras de acciones y gestos alarmantes. No se necesitaba más, ni siquiera tanto, para que el *Lince*, deseoso de cumplir con su deber, no les perdiera de vista un solo instante, dispuesto, si necesario fuese, á no comer, á no dormir y á seguirles hasta el fin del mundo. No hubo, por suerte, de ser tan extremado el sacrificio, porque á las cuarenta y ocho horas de aquel asiduo espionaje, vió el polizonte salir á nuestros sujetos de una casa de mala apariencia, llevando trajes y bultos de viaje, uno de los cuales vino á confirmar en grado sumo las vehementes sospechas del activo agente. Consistía el aludido bulto en una gran caja de cartón, que juntamente con los

— ¿Cuántos billetes ha tomado ese hombre?
— Dos.
— ¿De qué clase?
— De tercera.
— ¿Para dónde?
— Para Valdominos.
— ¡La capital!
— Eso es.
— Déme usted otro billete de igual clase y para el mismo punto.
— Pero...
— Servicio del rey.
El *Lince* exhibió sus insignias y el empleado obedeció inmediatamente y sin replicar.

Algunos minutos después el tren volaba á toda máquina. En un departamento de tercera, los dos sujetos sospechosos, sentados uno junto á otro y teniendo á sus pies la caja de cartón, hablaban en voz baja, acompañando sus palabras de miradas y gestos expresivos. El *Lince*, á distancia conveniente para no infundir sospechas, fingía hallarse enfrascado en la lectura de un periódico; pero, en realidad, era todo ojos y oídos para no perder un movimiento, ni una sílaba, de los supuestos anarquistas. Estos, desgraciadamente, usaban de la mímica más que de la voz, y tenía tanto de susurro la segunda, que poco ó nada pudo aquél entender. De pronto parecieron exaltarse, y uno de ellos, el más caracterizado, aunque muy contenidas, dejó oír estas palabras:

— Si logro la cabeza de Su Majestad, veré colmados mis deseos.

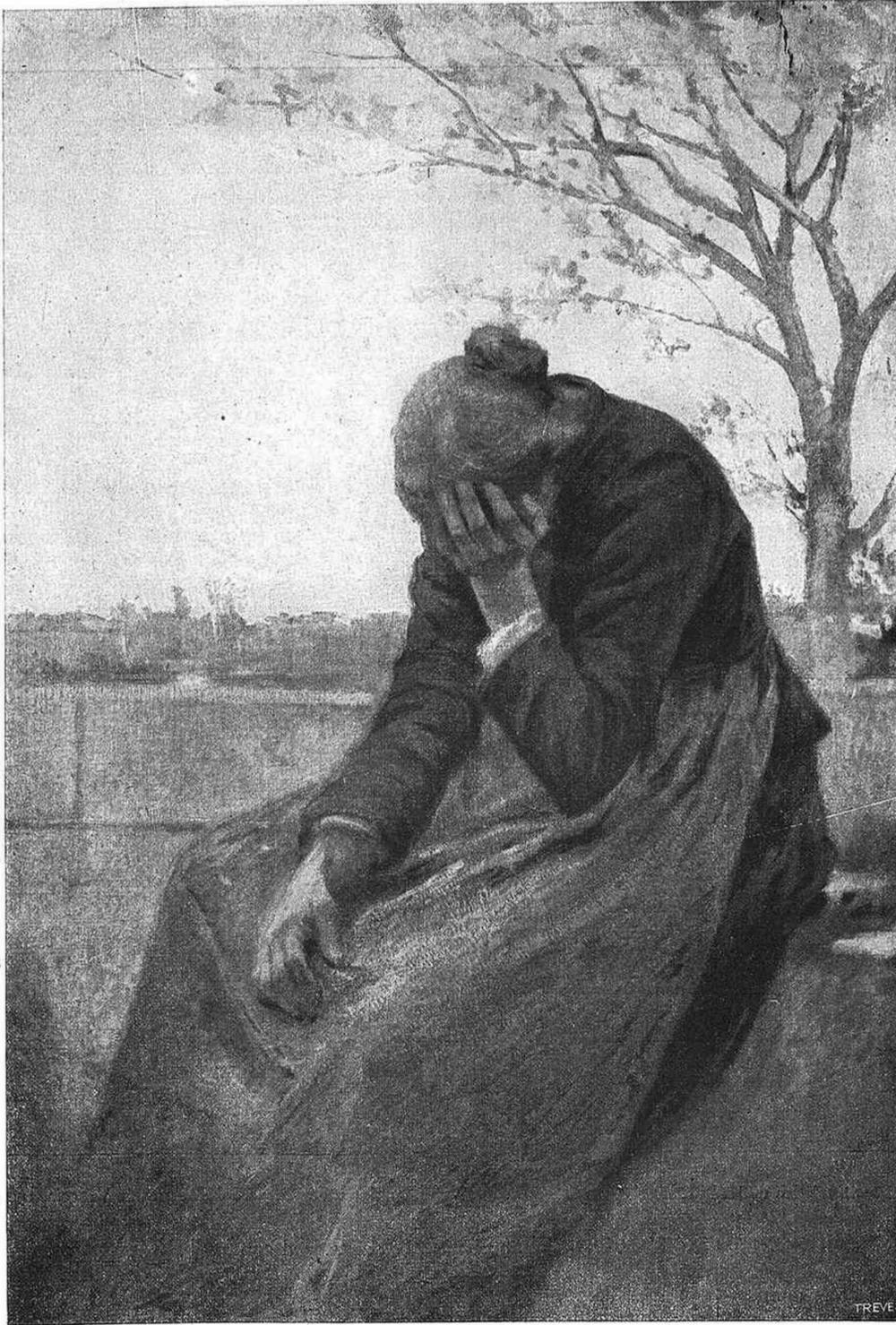
— Entonces, dijo el otro en el mismo tono, podrás decir que te has puesto las botas.

— Pero conviene usar de gran prudencia, y sobre todo, de muchas precauciones, no sea que nos ganen por la mano ó nos impidan...

— Cállate la boca... Ese viajero, aunque trata de disimular, se nos come con los ojos. Si fuera un espía...

El *Lince* estaba en vilo. En vano, valiéndose de todas sus sutilezas y artimañas, que eran muchas y famosas, entabló conversación con sus misteriosos compañeros de viaje; en vano trató de sonsacarles ó de constreñirles á cantar: no consiguió obtener de ellos más que algunos vulgares comentarios acerca de los negocios y del tiempo, de las incomodidades del viaje y mal servicio de los trenes. Cada vez que, así como al descuido, dejaba caer sobre

¡GLORIA!, tríptico de José Mentessi. — Tercera parte (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1901)



demás, pero usando de especiales precauciones, acomodaron los espías en un carrito tirado por un asno que del ramal llevaba el carretero.

— Ciertos son los toros, pensó el *Lince*; esa caja contendrá explosivos destinados á Su Majestad Pedro III de Hispolania.

Y al ver que el carro echaba á andar y que, como para servirle de escolta, se colocaban los dos sujetos uno á cada lado, echó á andar también el polizonte, á distancia conveniente y recatándose para no ser visto.

Llegaron á la estación del ferrocarril, frente á la cual se detuvo el carrito. Ayudados del carretero, aquellos hombres descargaron los bultos y los llevaron á la sala de equipajes, excepto la gran caja de cartón que, con las ya referidas precauciones, fué conducida al andén. Mientras uno de los sujetos se quedaba á custodiarla, el otro, que parecía el más decidido de los dos, se dirigió al despacho de billetes. Apenas los hubo tomado, el *Lince*, que no le perdía de vista, lanzóse á la taquilla, diciendo al empleado:

la caja de cartón una mirada, sus siniestros interlocutores parecían azorarse, y por espacio de algunos segundos le contemplaban con inquietud, sin decir oxe ni moxe.

En esta disposición llegaron los tres á la capital y saltaron del tren en la estación. El primer impulso del *Lince* fué darse á conocer y llevar á buen recaudo á los presuntos criminales. Reflexionando, no obstante, que ellos eran dos, desalmados por añadidura, y que con facilidad podrían aturdirle de un golpe y escaparse, determinó no perderlos de vista; dejolos, pues, que tomaran un carruaje, y metiéndose él en otro, les siguió hasta una casa de aspecto miserable, situada en una callejuela, frente á la cual se detuvieron, y despidiendo el coche, comenzaron á subir por la escalera la caja de cartón. El *Lince*, que no se había apeado de su vehículo, echó como el rayo á correr en busca del juez de guardia. Poco después volvió acompañado de dos agentes y provisto de un mandamiento de prisión.

— Dense ustedes á la justicia, profirió exhibiendo sus insignias y mostrando el mandamiento á los cul-

pables en el principal de aquella casa.
 - ¡Presos... nosotros!
 - En nombre de la ley.
 - Somos gente honrada.
 - Eso allá lo veremos. ¡Marchen!
 - Pero... ¿qué delito?..
 - Ya se lo dirán á ustedes de misas. ¡Marchen he dicho! Y vosotros, añadió el *Lince* dirigiéndose á los agentes, cargad en el coche que está abajo el equipaje de esos hombres, y mucho ojo, sobre todo con la caja de cartón.

A los quince minutos el juez de guardia, empezando por el más caracterizado de los dos, interrogaba á los presuntos delincuentes.

- ¿Cómo se llama usted?
- Cristóbal Miranda.
- ¿Qué edad?
- Treinta y cinco años.
- ¿Qué estado?
- Soltero.
- ¿Qué profesión?

El interpelado y su compañero, vacilantes y alarmados, cambiaron una mirada significativa, equivalente á decir que no convenía declarar la profesión de ambos.

- ¡Ninguna!, contestó resueltamente el llamado Cristóbal.

- Buena será ella cuando no se atreve usted á declararla, repuso el juez.

Y acto continuo procedió á interrogar al segundo delincuente, interrogatorio que dió, poco más ó menos, el mismo resultado.

- ¿A qué venfan ustedes á la capital.

- A asuntos particulares.

- No, ustedes han venido á asesinar á Su Majestad Pedro III, que Dios guarde.

- ¡Nosotros!

- ¿Negarán ustedes haber proferido estas palabras: *Si logro la cabeza de Su Majestad, verá colmados mis deseos?*

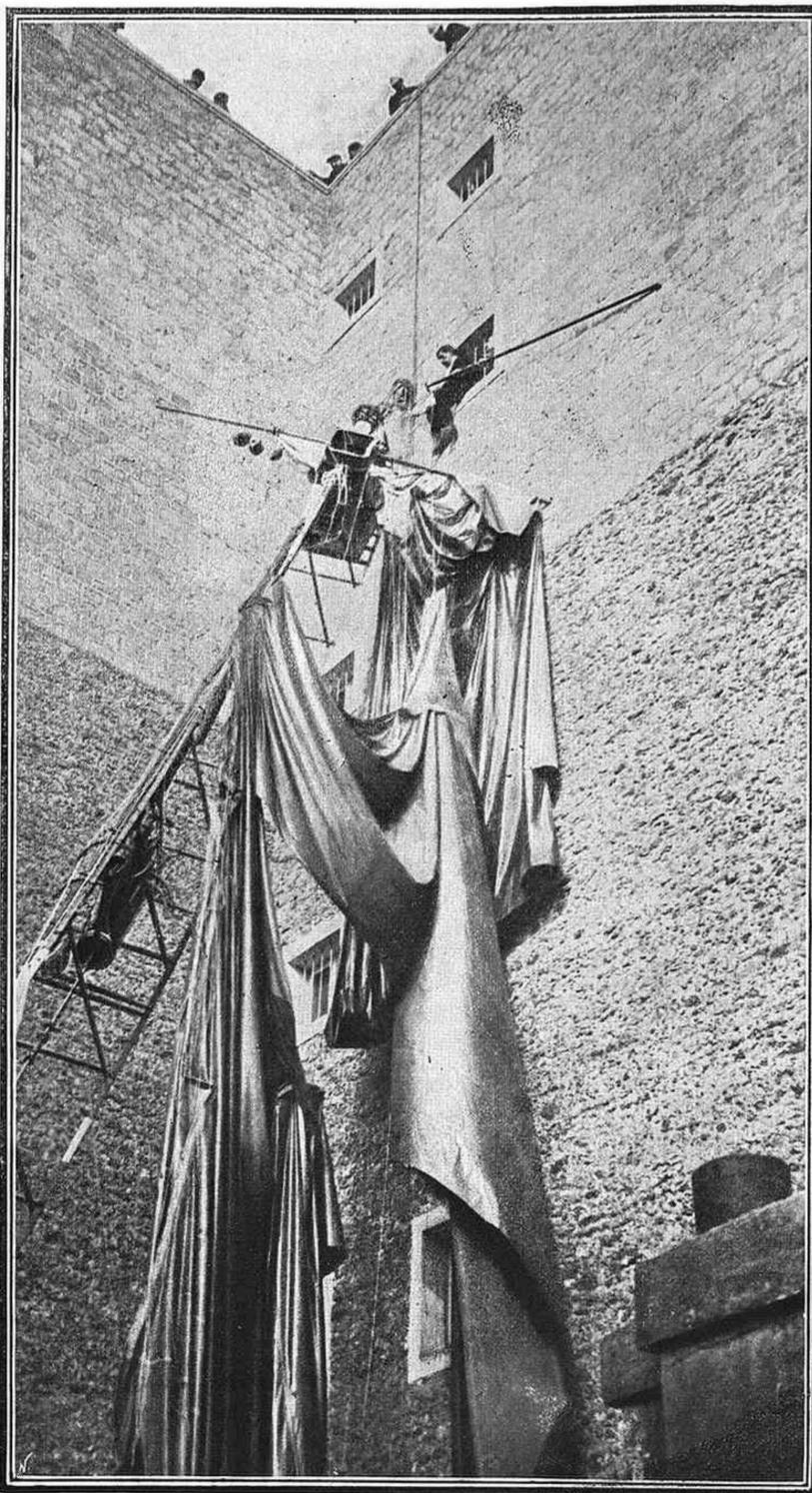
Cristóbal, al oír al juez, soltó una estrepitosa carcajada.

- Piérdase todo menos el honor, hablaré y Cristo me valga, dijo. Yo, señor juez, soy maestro barbero y peluquero, artista en pelo de reconocida habilidad, mal me está el decirlo, en Barcavieja. Crisanto Gómez, el que se halla presente y me acompaña, es mi primer oficial, al que, salvo su maestro, ninguno aventaja en nuestro arte.

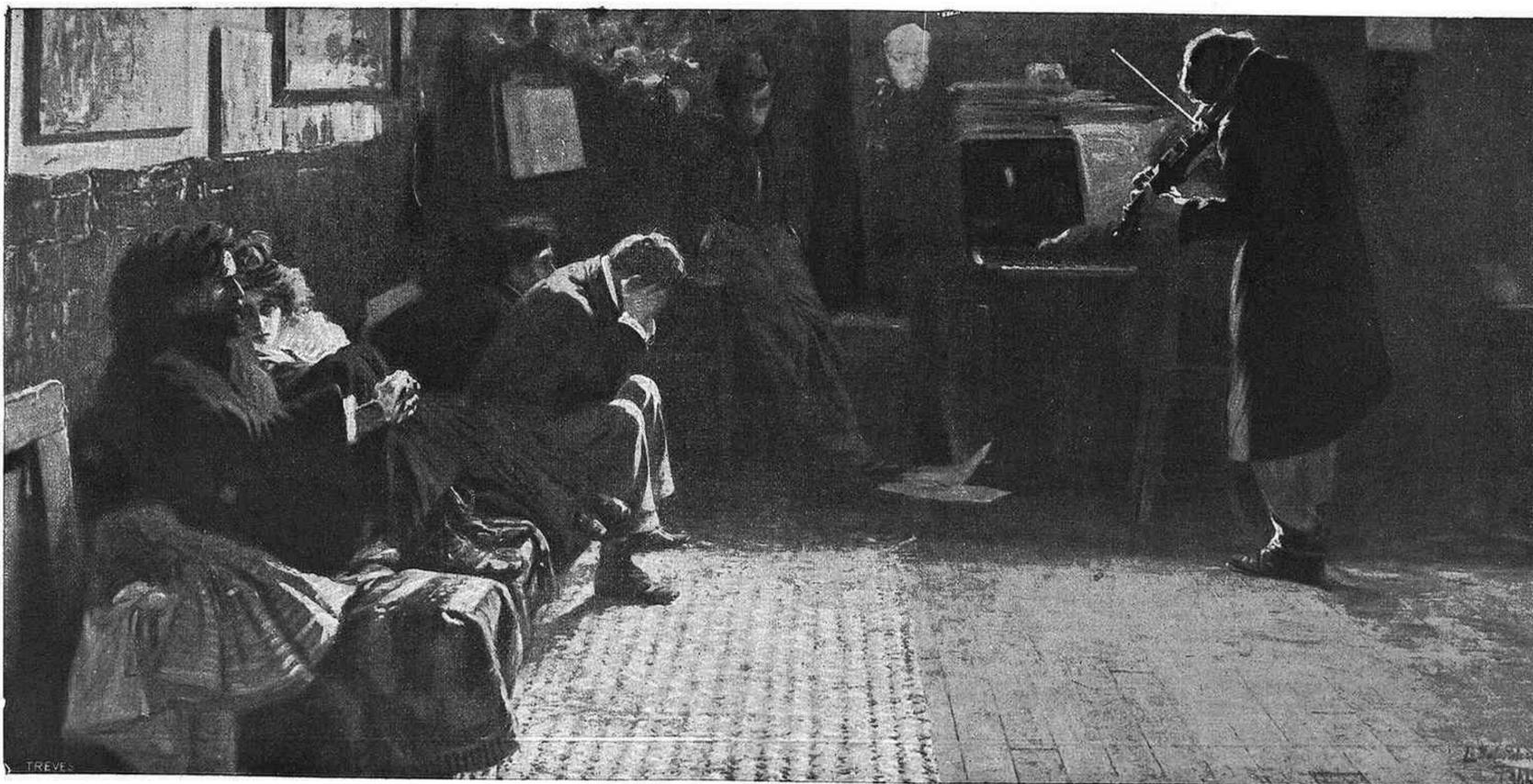
Buscando un medro tan natural como legítimo, venimos á la capital á montar un establecimiento mo-

delo y único en su clase. Que queremos la cabeza de Su Majestad..., nada más cierto; pero no para se-

primores, encargando las infantas á Cristóbal algunos añadidos, trenzas y otras obras maestras de su



ACCIDENTE SUFRIDO POR M. SANTOS-DUMONT EN LA ASCENSIÓN EN GLOBO VERIFICADA EN PARÍS EN 8 DE AGOSTO ÚLTIMO



Beethoven, cuadro de L. Balestrieri. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1901.)



DOLCE FARNIENTE, CUADRO DE NIGHTINGALE. (Derecho de reproducción de la Compañía fotográfica de Berlín)

arte. Por lo que toca á la real persona, volviéndose hacia el hábil peluquero le dijo con majestuoso ademán y grave acento:

—¿Deseabas mi cabeza? Aquí la tienes: ¡aféitame!

El maestro obedeció con tal habilidad y ligereza que el rey quedó encantado.

—Rízame ahora, añadió el monarca.

En breve aquella testa coronada quedó convertida en una verdadera maravilla.

Pedro III se miró al espejo y concluyó en el mismo tono:

—¿Pedías la cabeza de Su Majestad? Pues quedada con ella: te nombro peluquero de cámara.

El gozo de Cristóbal no pudo compararse sino con el desaliento y el pesar del polizonte que, sin querer y sin saberlo, á tal encumbramiento le llevara.

Si no queréis afligir al desgraciado funcionario, no volváis á llamarle el *Lince*, porque él, desde aquella fecha, se llama á sí mismo el *Topo*.

JUAN TOMÁS SALVANY.

NUESTROS GRABADOS

Monumento erigido en Salzburgo á la memoria de la emperatriz Isabel de Austria, obra de Edmundo Hellmer.—Delante de la estación del ferrocarril de Salzburgo y en medio de un grupo de árboles álzase este monumento que fué recientemente inaugurado en presencia del emperador y que se compone de la estatua en mármol blanco de la emperatriz, puesta sobre un pedestal de mármol amarillo, en el que se leen unos sentidcs versos de María Ebner. Dada la manera trágica como murió la infortunada soberana, era de temer que el artista se dejara llevar de su fantasía é incurriera en el efectismo; pero Hellmer ha vencido este peligro y la estatua por él modelada se distingue precisamente por su majestuosa sencillez, aparte de la cual son notables en esta obra el parecido, la expresión, reflejo fiel de la que en vida animó á la bondadosa emperatriz Isabel, la naturalidad de la actitud y la ejecución acabada de toda la figura.



ESTATUA ERIGIDA EN SALZBURGO Á LA MEMORIA DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA, obra de Edmundo Hellmer

Pureza, cuadro de José M.^a Tamburini. (Exposición Robira, calle de Escudillers.)—En el lienzo que reproducimos, *Pureza*, una sola figura, ó mejor dicho, una preciosa cabeza y un delicado busto bastan al pintor para expresar un concepto y confirmar su valía. La actitud, el colorido, la luz y la tonalidad general suave y delicada revelan la maestría é inteligencia de Tamburini, el sentimiento y la distinción que

constituyen la nota distintiva de su personalidad, que se traduce en todas sus composiciones, las cuales, aun siendo meros estudios, llevan impreso un algo que las distingue hasta el punto de no poderlas confundir. En *Pureza* nótase la expresión de un sentimiento tierno y delicado por lo que á la concepción se refiezo, con el que atinadamente se armoniza el procedimiento, de extraordinaria simplicidad, propio de quien como tan inteligente artista muéstrase siempre conocedor de la técnica y maestro en el procedimiento.

¡Gloria!, tríptico de Jose Mentessi.—El pintor José Mentessi nació en Ferrara y reside en Milán, en donde en 1894 pintó su notable cuadro *Lágrimas*, que demostró la gran valía del artista y aseguró su fama. Pero la palestra de sus mayores triunfos fueron las exposiciones internacionales de Venecia, en las que expuso, entre otros cuadros, en 1895 *Panem nostrum quotidianum*, y en 1899 *Visión triste*, sugestivo y apasionado lienzo que el municipio veneciano adquirió para la Galería internacional de Arte moderno. En la del presente año ha conseguido un éxito grandioso con el tríptico al pastel *¡Gloria!*, una de las obras más admiradas en ese certamen y que ha sido adquirida por el ministerio de Instrucción Pública para la Galería Nacional. El celebrado artista, que se inspira con sincera efusión en los grandes afectos humanos y en el grave problema social, nos da con su hermosa pintura, con el asunto de la composición y con la manera de tratarlo una nueva y elocuente prueba de que es un pensador profundo y un hombre dotado de los más delicados sentimientos. En la primera parte del tríptico, una madre acaricia amorosamente á su pequeñuelo; en la tercera, la misma madre, envejecida y enlutada, llora con dolor intenso en medio del paisaje que se ve en el fondo y que con ligeras modificaciones es el mismo de la parte primera; en este paisaje, símbolo de la eternidad de la naturaleza, aumenta el efecto del drama, que está sintetizado en las dos situaciones de aquella madre que ha sacrificado el hijo á su patria y cuya explicación hallamos en la parte central, en la representación de la guerra, en aquel humilde soldado mortalmente herido, mártir tal vez ignorado de la gloria de su país.

Accidente sufrido por M. Santos-Dumont en la ascensión en globo verificada en París en 8 de agosto último.—En el número 1.022 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos de las primeras ascensiones realizadas en París por M. Santos-Dumont en su globo dirigible. El día 8 de agosto último, el célebre aeronauta reanudó sus ensayos para ganar el premio de 100.000 francos ofrecido por M. Deutsch: el tiempo era hermoso, el cielo estaba completamente despejado y apenas soplabá una ligera brisa; M. Santos-Dumont, rodeado de los miembros técnicos del Aero-Club y de multitud de curiosos, se entregaba á las más risueñas esperanzas, confiado en la bondad de su invento y en la tranquilidad de la atmósfera. Soltado el globo, elevóse á unos veinticinco metros sobre el suelo y se dirigió velozmente á la torre Eiffel, dió vuelta á la misma y emprendió el regreso al punto de partida, inclinándose un poco hacia la tierra, cuando de pronto el aerostato comenzó á dar violentas cabezadas y un momento después se estrellaba contra el ángulo del tejado de una casa de ocho pisos del muelle de Passy. La envoltura del globo estalló, quedando el aparato en la forma que reproduce el grabado que publicamos, y al poco rato subieron al tejado varios albañiles y bomberos que, siguiendo las instrucciones de M. Santos-Dumont, procedieron al salvamento de éste y de los restos de su globo. Este contratiempo en nada ha enfriado los entusiasmos del inventor, el cual se dispone ya á verificar nuevas pruebas con el *Santos-Dumont* número 6.

Beethoven, cuadro de L. Balestrieri.—La contemplación de este cuadro produce en nuestro ánimo una impresión hondísima; al fijarnos en aquellas figuras, en el recogimiento con que escuchan absortas las notas sublimes, nos sentimos sugestionados, envueltos en ese ambiente de melancolía y de arte que en la composición reina, y nos parece oír en lo más íntimo de nuestro ser los dulces y apasionados acentos de alguna de esas maravillosas sonatas que hacen vibrar las más delicadas fibras de nuestro corazón y asomar á nuestros ojos las lágrimas, porque en ellas está el alma toda de aquel gran genio, de aquel coloso de la música que se llamó Beethoven. Este es el mejor elogio que puede hacerse del cuadro de Balestrieri: cuando un artista consigue esa identificación absoluta entre lo que él sintió al pensar y ejecutar su obra y lo que nosotros sentimos al verla, esa compenetración de afectos, esa igualdad de sensaciones; cuando de tal modo se apodera de nosotros, nos atrae y nos subyuga, bien puede decirse que ha logrado el más preciado triunfo y que ha realizado uno de los más nobles fines del arte.

Dolce farniente, cuadro de Nightingale.—Bajó al jardín con el propósito de entregarse á su lectura favorita, sentada á la sombra de los floridos árboles que la primavera ha vestido con sus mejores galas; pero poco á poco la soledad del sitio, el silencio del campo, la poesía de la naturaleza invadieron su alma, y dejando caer indolentemente el libro y entornando los ojos para mejor gozar de las suaves sensaciones que tan hermoso cuadro en ella despierta, abandonóse por entero á este estado de ánimo tan admirablemente expresado por esa frase italiana, *Dolce farniente*, tan justa, tan gráfica y tan intraducible que ha sido adoptada por todos los idiomas. El notable pintor Nightingale ha sabido trasladar este asunto al lienzo de un modo magistral, dando á la figura toda la languidez que su situación requiere y al paisaje todos los encantos de esa estación que tan acertadamente denominó el poeta «juventud del año.» Por su composición, por su armonía de tonos, por la intachable corrección del dibujo, por el sentimiento que de él se desprende, es digno este cuadro de las mayores alabanzas.

Monumento funerario (fragmento), modelado por Eloy Palacios.—El escultor venezolano Sr. Palacios, que ha hecho sus estudios artísticos en Munich, ha terminado

hace poco en aquella capital un monumento funerario, de cuya belleza puede juzgarse por el fragmento que reproducimos. El busto de esa hermosa mujer es de una corrección de líneas irreprochable, y en su tranquilo rostro refléjase la serenidad de la muerte del justo, que abandona sin pesar esta vida porque la fe que le ilumina le hace entrever anticipadamente las delicias de un mundo infinitamente mejor.



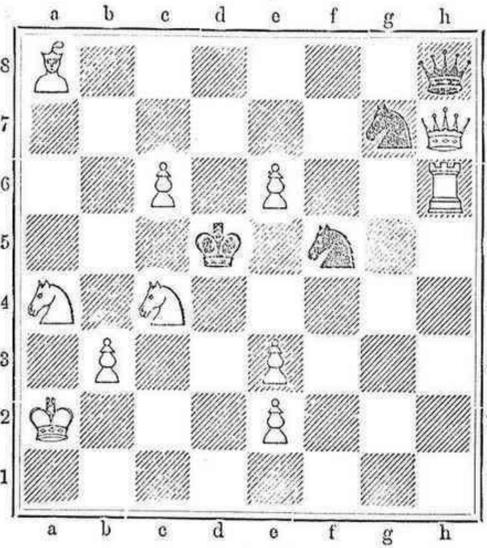
MONUMENTO FUNERARIO (FRAGMENTO) modelado por Eloy Palacios

Goya, estatua modelada por Vicente Bañuls. Lejos de la tierra española, en Roma, en la ciudad que fué centro y emporio de las artes todas, continúa Vicente Bañuls la senda emprendida, formando parte de ese grupo de artistas que tanto honran á nuestro país. Pensionado por la Diputación provincial de Alicante, ha logrado demostrar cuán mercedida es la distinción obtenida y cuán justificadas las gratas esperanzas que hiciera concebir. Antes de salir de su ciudad natal, ya dió Bañuls evidentes muestras de sus singulares aptitudes y de su temperamento artístico, conforme lo atestiguan las innumerables obras que produjera, entre ellas la hermosa estatua de Maïonnave que corona el monumento que los alicantinos erigieron á la memoria de aquel insigne patrio. No se trata, pues, de un escultor novel, por más que cuente pocos años, ya que su labor ha sido provechosa. Entusiasta por el arte que cultiva, imprime en sus obras el sello de su personalidad y de su temperamento, distinguiéndose, cual puede observarse en el busto de la estatua de Goya, que reproducimos, por la valentía y simplicidad del modelado, circunstancias distintivas del gran arte. Réstanos consignar que son muy apreciables también los dibujos al carbón y las acuarelas que produce este distinguido artista, en quien corren pareja su laboriosidad y sus excepcionales aptitudes.

Necrología.—Han fallecido: Barón Enrique de Lacaze-Duthiers, uno de los más ilustres zoólogos contemporáneos, miembro de la Academia de Ciencias francesa. Orestes Baratieri, general italiano que en su juventud habíá combatido á las órdenes de Garibaldi y que mandó el ejército italiano en la desgraciada expedición á Abisinia. Enrique Chiaradia, celebrado escultor italiano. Emilio Makay, notable poeta y autor dramático húngaro.

AJEDREZ

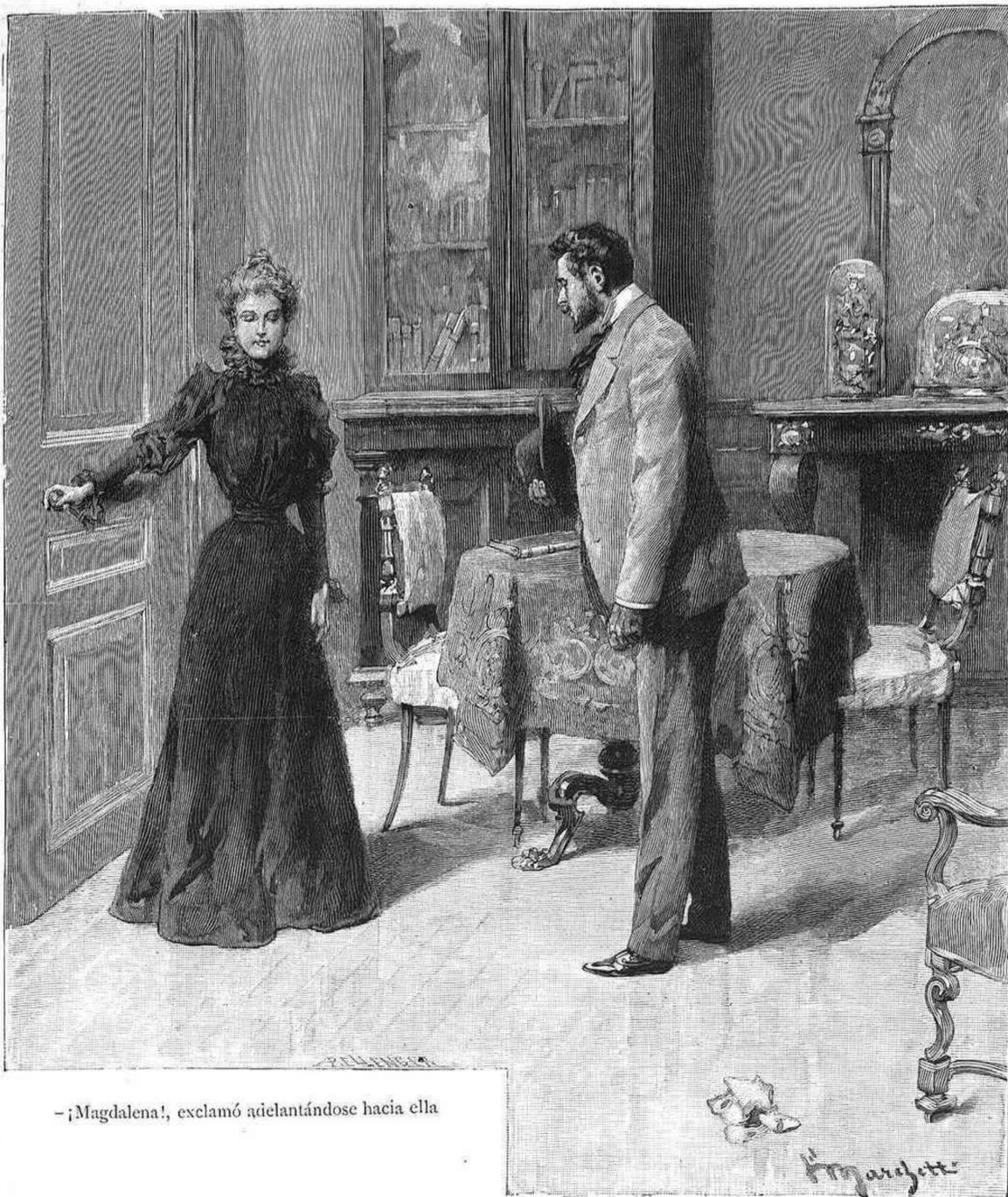
PROBLEMA NÚMERO 257, POR BARÓN WARDENER. NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (11 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 252, POR M. FEIGL.
Blancas. Negras.
1. Af1—c2 1. Pf3 ó d3 toma A
2. f2—f4 ó d2—d4 2. Cualquiera.
3. C ó D mate.

VARIANTES
1..... Ac2—b1; 2. Ac2—f3; etc.
1..... Ac2—d1; 2. Ac2—d3; etc.
1..... Ac2—a4; 2. Te3—d3; jaque, etc.
1..... Ac2—b3; 2. Te3—d3; jaque ó Af3; etc.



- ¡Magdalena!, exclamó adelantándose hacia ella

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

- Usted dispensará á la señorita Farguet que no salga á recibirle, dijo la directora sonriendo con afectada amabilidad á Norberto Dys, pues aunque severa para las otras, no desperdiciaba ocasión alguna de desplegar sus gracias, y confesaba cierta predilección por el trato de los hombres, que se amoldaban mejor, según declaraba ella misma, al vigor de su inteligencia.

La vieja añadió:

- Las dolorosas circunstancias por que la pobre muchacha - naturalmente poco enérgica - acaba de pasar hoy, no le permiten recibir ninguna visita... Pero he querido manifestárselo á usted yo misma, sabiendo la consideración que tienen á la persona y al talento de usted mis queridos amigos de la Hamelière.

Hacia un rodeo hábil para afirmar sus relaciones aristocráticas.

Norberto se inclinó ligeramente; pero demasiado aferrado á su idea, para contemporizar más tiempo, preguntó bruscamente:

- ¿La señorita Farguet está, acaso, enferma?

- No..., simplemente fatigada...

Y como aquella contestación le pareciese un simple intermedio sin importancia, continuó levantando algo la voz, cual si reanudase el verdadero asunto de su conversación:

- La graciosísima señora de Wrantz me repetía á menudo...

Norberto estuvo tentado de enviar noramala á la directora y á su señora de Wrantz.

Pero se limitó á interrumpir con firmeza:

- Usted dispense, señorita; pero urge que yo vea sin tardanza á la señorita Farguet. No pude llegar á tiempo para el funeral de su padre, y tengo especial interés en excusarme.

- Le transmitiré sus excusas, replicó la maestra picada; le repito que la señorita Farguet no puede recibir ninguna visita.

- Creo que la mía no puede ser comprendida en esa prescripción.

- Tengo el sentimiento de manifestar á usted que sospecho, por el contrario, en Magdalena el deseo de evitarla.

Norberto, echando chispas por los ojos, saltó tan bruscamente de su sillón, que éste retrocedió hasta la pared.

La señorita Leferle, temerosa de una explosión, retrocedió unos pasos.

- Dispense usted si insisto de nuevo, repuso él moderándose cuanto pudo, pero con una rudeza que presagiaba la cólera próxima. No quiero haber hecho en balde este viaje. No me marcharé de aquí sin haber tenido una entrevista con la señorita Farguet. Si esta entrevista le es desagradable, quiero oírlo de sus propios labios..., sin intermediaria...

- ¡Bueno! ¡No importa!.. ¡Será usted satisfecho!, profirió la directora con acritud.

Y saludando con una ligera inclinación de cabeza, salió, como una reina ultrajada, por la puerta de la clase, que quedó entreabierta, á pesar de la violencia con que la empujó.

Norberto pudo oír roce de vestidos, pasos de idas y venidas y murmullos.

Luego se le apareció Magdalena, que parecía más esbelta que nunca con su traje de luto.

- ¡Magdalena!., exclamó adelantándose hacia ella.

La pobre muchacha se quedó apoyada en el marco de la puerta, sin poder dar un paso más.

Al sonido de aquella voz, todo su ser había vibrado. El amor que quería ahogar, resurgía apasionadamente.

«¡No quiero verle!» había pensado desde luego, asustada de la emoción que de súbito inundaba su alma á la simple noticia de que él estaba allí.

Le amaba, sí, le amaba... á pesar de todo... No podía impedirlo de pronto... Más tarde conseguiría vencer aquel amor... Pero resultaba ahora que tenía que librar inmediatamente la batalla... La obligaba á bajar, á hablarle frente á frente. ¡Dios mío! ¿Tendría jamás valor para tanto?..

Las fúnebres pesadillas de aquellos últimos días se cernían aún sobre ella, y no pudo menos de afrontar la visión terrible que helaba su corazón.

«¡Se lo prometí!.. ¡Se lo prometí!» repitióse ella para armar su voluntad.

Descartó toda consideración que pudiese atenuar la fuerza de la promesa en que quería apoyarse, el delirio de su padre, la obligación apremiante de calmarlo, su propia inconsciencia en aquel momento de extravío...

En su espíritu todavía alucinado, aquellas palabras, pronunciadas sin hacerse cargo de su sentido, adquirieron la solemnidad irrevocable de un compromiso sagrado.

- Magdalena, ¿qué pensó usted viendo que yo no parecía?... Recibí tarde la noticia y vine corriendo.

- ¡Gracias!, dijo ella con voz casi dura, por lo que le costaba reprimir la contracción de su garganta.

El creyó que la muchacha había atribuído su abstención á una negligencia de su parte y que estaba resentida.

Por esto se apresuró á dar las siguientes explicaciones:

- La carta de la señorita Taccart ha tardado dos días en llegar á mis manos... Una equivocación del cartero... Sin embargo, yo había encargado con tanta eficacia á la señorita Olimpia que me avisase inmediatamente en caso de desgracia, sin pensar que iba á ocurrir tan pronto...

- Sí..., ¡tan pronto!..

El se había imaginado que, en su aflicción, Magdalena buscaría en su corazón un refugio. Y en vez de la efusión esperada, la encontraba rígida, con una cohibición extraña cuya causa no podía presentir.

Aterrado ante aquella actitud, que tan poco respondía á sus apasionados arranques, la examinó con ansiedad, y una sospecha cruzó por su mente.

- Magdalena... ¿Qué fué lo que provocó aquella agravación repentina?

Ella hizo un ligero movimiento de cabeza como para ocultar su rostro.

Sus labios temblaron y palideció al apartar la vista.

- ¿Fué acaso?... Diga usted...

Norberto sorprendió la mirada que ella dirigía furtivamente hacia la puerta entreabierta.

Dys fué y cerró aquella puerta del todo. Después volvió al lado de Magdalena y le dijo con una triste dulzura que la hizo temblar de emoción:

- ¿Qué tiene usted? No sé por qué se me figura que... en su pena... hay algo que yo ignoro..., y que sin embargo tiene que ver conmigo. ¿La sorprendió, acaso, el resultado del concurso? ¿La tiene á usted disgustada el que no haya correspondido yo á sus esperanzas?

Esta franqueza, que daba en el blanco, la desconcertó. Lo notó él y se afirmó en su convicción.

- Pobre amiga mía, no tengo yo la pretensión de ser infalible... y mucho menos de gustar á todo el mundo. El momento no es oportuno para explicarle la práctica usual de ese género de examen... Magdalena, ¿es por eso por lo que su mano se retira de la mía? ¿Es por eso por lo que me guarda usted rencor?

Todo el fuego de su pasión se agitaba en su voz. Magdalena temblaba como una hoja de álamo... ¡Cuanto le amaba! Pero ¡ay! habían destruído su fe.

«Mañana se arrepentiría, pensaba ella... Se extinguiría su capricho, y ¿qué iba á ser luego de mí? Sufriría demasiado, porque le amaría con toda el alma.»

Cuanto más irresistiblemente arrastrada se sentía, más procuraba resistir á aquel poder que la dominaba.

Prefería el atroz desgarró inmediato á la larga agonía de una vida sin seguridad y sin confianza.

Y para sostener su energía y consolidar su resolución vacilante, repitióse:

«¡Se lo prometí!»

Y deseó abreviar aquel tormento que, de prolongarse, iba á vencer su dignidad, su conciencia y su reposo futuro.

Las fuerzas se le iban...

Con la mano que le quedaba libre, dió vuelta al

cerrojo de la puerta contra la cual permanecía apoyada.

— ¡No! Usted ha sido muy bueno... No es culpa de usted. Le quedaré siempre agradecida por el interés que se ha tomado por mí.

Norberto echóse hacia atrás.

¿Era aquella frase vulgar de agradecimiento la que había de contestar á sus palabras de ternura?

¿Se había engañado al considerar á Magdalena desprovista de ambición?

El fracaso anónimo menguaba su prestigio á los ojos de la muchacha?

Mortalmente herido, se perdía en conjeturas; y ella sentía que se le extraviaban las ideas y le abandonaba su decisión, bajo la sombría mirada, dolorosamente sorprendida, que le penetraba hasta el fondo del alma.

«¡Se lo prometí!» repetía alocada.

Pero se le hacía imposible dominarse.

Un minuto más é iba á ceder al atractivo y confesarle su desesperación.

Idas y venidas atravesaron el vestíbulo. La criada empujó la puerta con la intención de introducir á alguien, y volvió á cerrarla inmediatamente con violencia, como recordando de súbito la presencia del caballero que estaba de visita en el salón.

Aquella sacudida bastó para interrumpir la corriente simpática y paralizar su influencia.

Ya no estaban solos con sus impresiones.

El aire de la casa había entrado por aquella puerta un instante entreabierta, colocando entre ellos una porción de sensaciones sutiles que separaron sus almas próximas á unirse.

Magdalena sintióse de pronto con la fuerza salvaje que debe animar al suicida momentos antes de la destrucción voluntaria.

Abrió de nuevo la malhadada puerta, y en el umbral, con la vista baja, los pliegues de su falda recogidos, dispuesta á huir, le dijo en voz baja y rápida:

— ¡Adiós, Sr. Norberto!.. ¡Sea usted dichoso..., pero olvide!.. No le será á usted difícil. Gracias por todo..., dispénseme, estoy sin fuerzas... ¡Tome usted su carta!

Aturdido, Norberto oía sin comprender. Pero el contacto del papel deslizado en sus dedos le devolvió el sentido de la realidad.

Súbitamente se le encendió el rostro.

Aquella carta era el testimonio palpable de su amor, de aquella ternura que le ofrecía, tan absoluta, tan ardiente, llena de tanto abandono, y que ella rechazaba con ultraje.

Todo el orgullo de su alma altiva se sublevó... Estrujó la carta con un movimiento de cólera y la arrojó á sus pies.

— No sé lo que pasa en usted ni bajo qué influencia se halla... Nunca rogué á nadie, ni por amor ni por ambición... Le soy á usted importuno por alguna causa que desconozco... ¡Sea!.. No la cansaré más. Nos habíamos forjado ambos una ilusión... La ilusión se acabó... Marchemos cada uno por su lado, puesto que usted lo quiere así. ¡Sea usted dichosa!

Pasando por delante de ella, la saludó profundamente y salió á paso rápido.

Ella se encontró en su cuarto sin darse cuenta de cómo había venido, ni del tiempo que hacía que se encontraba allí, sentada, con la vista fija en las rayas luminosas de las persianas cerradas, tan exhausta de pensamiento como el cuerpo insensible enterrado aquella mañana.

— ¡Ah! ¡Qué grosero!, exclamó la señorita Leferle, directora del colegio, volviendo al lado de Magdalena. Creía que arrancaba la reja al marcharse... ¡Hija mía, de buena se ha escapado usted!..

XII

Habíanse abierto las primaveras. Los tonos crudos de la nueva verdura apuntaban entre los matices mohosos del último invierno.

Desprendiase de los surcos y de los fosos olor de hierba mojada.

Los viejos tejados y las piedras musgosas aparecían adornados con alhelíes, y los manzanos estaban cubiertos de flor de arriba abajo.

En todos los alrededores de Ruillé, la hierba extendía su alfombra de esmeralda, salpicada de margaritas.

El fresco paisaje primaveral se extendía, sin hallarse aún velado por los árboles, hasta los confines del horizonte, donde las colinas lejanas se perdían en una bruma dorada.

Caían de las nubes cantos de alondra. Los pinzones lanzaban sus trinos á toda voz. En las espesuras se oía revoloteo de alas y movimientos de lucha en el apresuramiento de la construcción de los nidos.

El padre Vergeau y la señorita Taccart permane-

cían indiferentes á aquella alegría primaveral, cuyos primeros síntomas acechaban ordinariamente con impaciencia.

Sentados uno enfrente de la otra, bajo el emparado de la Rosellerie, hacía al menos media hora que guardaban silencio, sin proferir más que suspiros y comprendiéndose sin embargo.

— ¡Es triste!, dijo al fin Olimpia, cuyos ojos hinchados y rojos revelaban recientes lágrimas.

— ¡Muy triste!, apoyó el rector.

— Magdalena se muere... de un amor contrariado... Estoy segura.

— ¡No sé!.., dijo con embarazo el cura, dando vueltas á su caja de rapé con aire perplejo.

— Pues á mí no me cabe duda... La cosa salta á la vista. El médico, hoy mismo, después de haberla auscultado, me ha dicho que la chica no tiene ninguna lesión orgánica, pero que todo el organismo experimenta una depresión excesiva que la pone á merced del primer accidente... Una inercia extraordinaria. No diré el deseo de morir, pero el cansancio de la vida... El doctor opina también que se halla más atacada en lo moral que en lo físico... Repito que son amores contrariados.

— Magdalena es piadosa y ha debido ofrecer ese sacrificio á Dios.

— ¡Sí!, pero con ese sacrificio se le va la vida!

— ¿Tan grave cree usted que es el caso?



Encontró á la muchacha como la había dejado

— Magdalena está en peligro, y no podemos permanecer con los brazos cruzados, viendo cómo se aniquila... ¡No! ¡Esto no sería generoso ni cristiano!.. La enfermedad, según parece, es exclusivamente moral... Usted es el médico del alma... A usted toca atenderla y curarla.

— ¡Ah! ¡Si de mí dependiese!..

— Hay que saber á toda costa lo que oculta en su corazón. Un secreto arrancado del alma, es un puñal sacado de la herida. Es indispensable conocer la enfermedad para aplicarle un remedio seguro.

Olimpia bajó la voz y dijo confidencialmente al cura:

— ¿No le pareció á usted extraña aquella desaparición tan súbita, tan completa, del Sr. Norberto?

El padre Vergeau estremeciéndose, frunció las cejas y apartó los ojos. Acababan de tocarle la cuerda sensible.

— ¿No ve usted en ello algo inexplicable?, continuó Olimpia, resuelta á seguir su idea. La última vez que le encontramos, fué en la carretera de Saily... Tenía todas las trazas de un hombre enamorado. Quería verla á toda costa... Y después, ¡nada!.. No ha vuelto al pueblo, ni nos ha escrito... Ha enviado dinero á la hostelera sin una sola palabra de explicación... Su bajo relieve se seca y se agrieta... y su campo permanece inculto... Magdalena nada dice acerca de su entrevista. Todo esto es muy extraño... Ha debido pasar algo que ignoramos... Un cura y una solterona no son los más á propósito para descifrar semejantes enigmas... Vamos, señor Vergeau, ayúdeme usted... Estoy segura de que usted piensa lo mismo. Confíeselo usted.

— Lo confieso, dijo el cura con vacilación. De ese cúmulo de sucesos no es difícil deducir lo que usted supone... ¿Pero quién sabe si está usted en lo cierto?

— Estoy segurísima de poner el dedo en la llaga. La cuestión está en hacer hablar á Magdalena. Pongámonos de acuerdo. Entre los dos, mal será que no consigamos arrancarle ese secreto.

Tendida en un gran sillón en que había descansado la vejez de todos los Taccart durante tres cuartos de siglo, Magdalena Farguet tendía por la campiña, cuya belleza primaveral animaba el sol de abril, esa mirada que nada distingue sino á través de la obsesión de una visión interior.

... La señorita Leferle proclamaba que el trabajo es el mejor derivativo.

La solterona pensaba sin duda que de un excelente remedio nunca hay de sobra, é hizo trabajar constantemente á la muchacha que se había encargado de curar.

Magdalena, pasiva, aceptaba todo trabajo con igual indiferencia. Pero cuando su pluma llegaba al pie de una plana, echaba de ver que no recordaba una sola palabra de lo escrito.

Ideas confusas flotaban en su espíritu; y sorprendía su pensamiento en desvíos tan extraordinarios, que temía volverse loca.

¿Qué sensación tan intolerable le producían sus manos ardientes, que los mayores fríos del invierno no habían podido refrescar!

Sentía pesadez y rigidez en las piernas.

Llególe el turno á la cabeza, que hasta sobre la almohada giraba como en un vértigo, mientras que las agudas punzadas de las neuralgias le atravesaban el cráneo.

Permanecía largas horas sin dormir, con las sienes comprimidas por el círculo de hierro del insomnio.

Sentía tal opresión en el pecho, que apenas daba paso á la respiración.

Un día vió un hilo de sangre en su pañuelo, y un estremecimiento le heló la nuca.

— ¡Me voy á morir!, dijo con el horror de la imagen evocada.

Sin embargo, continuó la copia empezada, dando vueltas á aquel fúnebre pensamiento.

Mas luego dominó aquella primera rebelión de la naturaleza, y aceptó la sentencia de muerte.

¿No era la evasión de la vida el término de sus angustias, la solución de las dudas?

La señorita Leferle se felicitaba de haber sabido procurarse aquella auxiliar incomparable.

Pero no hay dicha completa en el mundo.

Cuando todo marchaba á pedir de boca para la directora, sobrevino una complicación.

Viendo enferma á Magdalena, los padres de las alumnas empezaron á temer el contagio para sus hijas.

Alarmada, la directora manifestó á su *protégida* que no era conveniente que se presentase en clase con su cara macilenta; que no solamente había de instruir á sus alumnas, sino que también era preciso distraerlas.

— Haré todo lo posible, contestó Magdalena.

Y así lo hizo.

Pero una mañana en que iba á empezar su clase de solfeo, al sentarse al piano, pálida como un cadáver, cayó hacia atrás desmayada.

Las niñas se dispersaron dando gritos de espanto.

Al volver en sí, experimentó una gran confusión.

La directora, disimulando su disgusto, le dijo, en presencia del médico, que convenía que se fuese á descansar durante algún tiempo en casa de su prima.

Magdalena inclinó la cabeza afirmativamente.

Podía volver á Ruillé para morir allí.

— La negra tiene trece polluelos de esta mañana, dijo Olimpia entrando en el cuarto.

Pensaba que el entusiasmo con que anunciaba aquella noticia de sensación, indicaba seguramente una gran tranquilidad de espíritu.

Agitóse, fué de un lado á otro, enderezó la colcha, puso un ramo de margaritas encima de la cómoda y sujetó la almohada de la muchacha, que le tendió la frente.

— Las vellosillas del cuadro de la izquierda florecen ya..., continuó con volubilidad después de haberse sentado. ¡Cómo me gusta ese emblema! «¡No me olvidéis!» ¿Verdad que es muy bonito?.. El recuerdo es la repetición de la vida. ¡No comprendo que haya quien pueda olvidar!

— ¡A veces quisiera una!, murmuró Magdalena como á pesar suyo, con los ojos vueltos hacia las nubes.

Olimpia fingió no haber oído nada y deshizo en la falda un paquete de papeles.

— El campo está ahora tan hermoso, que dan ganas de pasearse. Salí al encuentro del cartero, que me entregó una porción de circulares... Arzuolos para el bolsillo... Y el *Petit Messenger*... ¡Todo roto! He reñido á Berthier... Esto es insostenible.

— ¡Qué fácil es mentir!, decía la buena solterona, asustada del desembarazo de su astucia, pues ella misma había quitado al periódico la parte que contenía la fecha.

Acababa de entregárselo el cura.
Después de haber ojeado las primeras columnas que trataban de política general, entrecortando la lectura con observaciones hechas en alta voz, sin que la muchacha, distraída, notase la falta de actualidad de las noticias, la señorita Taccart abordó la crónica local.
— ¡Calla! Un perro ha sido aplastado en tu calle, Magdalena... Un borracho ha pegado á un municipal... Un vagón cargado de manzanas ha descarrilado... ¡Esos ferrocarriles me dan un miedo!..

Luego, volviendo la segunda página, profirió de pronto una exclamación tan vehemente, que la enferma volvió lánguidamente la cabeza.

— ¡Vaya! ¡Por donde venimos á saber que aún existe!..

— ¿Quién?, preguntó Magdalena interesada por la fisonomía extraordinaria de Olimpia.

Esta dejó caer el brazo, aunque sin soltar el periódico, con aire de estupefacción.

— ¡Norberto Dys!.. ¡Norberto Dys!.. ¡Figúrate!

Un brusco estremecimiento sacudió el cuerpo abatido de la enferma.

La colcha se escurrió.

— Tengo frío, dijo Magdalena con voz alterada. Prima, ¿quieres cerrar la ventana?

— ¿Quieres tomar una taza de caldo, hija mía?, preguntó Olimpia cerrando los cristales.

— No... Gracias... No quiero nada...

Permaneció un instante inmóvil, respirando con dificultad, en tanto que su corazón latía con extraordinaria violencia.

Su prima le ponía en las sienes compresas de agua de Colonia y le hacía respirar éter.

— ¡Estoy hecha una cataplasma!.. ¡Y cuánta molestia te causo!.., dijo Magdalena con una leve sonrisa.

— ¡Qué molestia!.. Al contrario. ¡Es tan grato tener alguien á quien querer y cuidar!.. Si quisieras, no nos separaríamos nunca.

— Tendré que separarme de ti, á pesar mío.

Olimpia no quiso comprender la alusión, aunque la hizo estremecerse.

— ¿Quién te obliga? No soy rica; pero si quieres contentarte con la vida monótona que aquí llevamos, me alegraré muchísimo de tenerte en la Rosellerie.

¡Qué bien viviríamos juntas!.. ¡No sabes el disgusto que me diste cuando te negaste á venir!..

Magdalena cogió la mano de su prima y la besó.
— Perdóname... No era dueña de mí misma, murmuró con voz apenas perceptible.

E interrumpiendo con un gesto de cansancio las instancias de la señorita Taccart, que quería obtener un consentimiento inmediato á su proposición, dijo:

— No quiero ser para ti una carga... Ya volveremos á hablar de eso.

Pareció descansar un instante; sus mejillas se coloraron débilmente, movieronse con precipitación sus párpados, y dijo al fin, sin moverse, en tono casi indiferente:

— ¿Y tu periódico?

A su vez la que se estremeció fué Olimpia, en presencia de aquella tenacidad de la idea secreta,

repentinamente revelada... Costóle mucho dominar el temblor de su mano y de su voz. Luego dijo con fingida indiferencia:

— ¿Qué era lo que yo leía?.. ¡Ah, sí, algo relativo á Norberto Dys! «Antes del *Salón*. — Fuimos los primeros en anunciar que el museo de Saily acaba de tener la suerte de enriquecerse con una hermosa obra de Norberto Dys, el gran artista que el departamento de Mayenne-et-Sarthe tiene el orgullo de contar entre sus hijos. Con tal motivo tuvimos el

la mirada llena de dulzura nos detiene, la encantadora criatura parece presentaros las flores que acaba de coger; os acercáis, y veis que de aquel ramo, ofrecido con tan graciosa candidez, salen serpientes.»

La señorita Taccart se detuvo asustada, pareciéndole haber oído un sollozo sofocado.

— ¡Magdalena!.., dijo levantándose trastornada en presencia de las lágrimas que cubrían las pálidas mejillas de la muchacha.

— ¡No! ¡Nada!.. ¡Déjame dormir!

¿Durmió?.. ¿No se abismó, durante aquella hora de soledad, en el pensamiento que la ponía febril?

Cuando Olimpia entreabrió la puerta con mil precauciones y volvió á entrar de puntillas, no sin hacer temblar todas las piezas de porcelana colocadas sobre la cómoda, encontró á la muchacha cual la había dejado, con los ojos muy abiertos é inmóviles, vueltos hacia la campiña engalanada por la primavera.

Pero cuando aquellos ojos se volvieron hacia ella, la solterona notó que no tenían la misma transparencia de hielo.

La impasibilidad con que Magdalena se había envuelto hasta entonces, caía como un velo, y aparecía el fondo del alma, turbio y atormentado por la angustia.

Había llegado la hora, la hora inevitable, fatal, en que el secreto, largo tiempo contenido, rebosa del corazón á los labios.

Olimpia lo comprendió.

Inclinóse hacia su prima y la besó en silencio.

Esto bastó.

Magdalena la estrechó locamente entre sus brazos, apoyóse contra ella y rompió á llorar con una violencia que la sacudía toda.

— ¡Hija mía!, murmuró Olimpia muy emocionada; el llanto va á aliviarte... Pero no tan fuerte... Te vas á lastimar... ¡Dios mío!.. ¿Tanta pena tenías, mi pobre Magdalena?..

— ¡Oh, sí!, balbuceó la joven, abrazándola más fuertemente todavía, con la cara oculta en los pliegues de su vestido.

Sollozaba con elabano de una niña; sus nervios, después de tan prolongada tensión, se aflojaban en el bienhe-

chor anonadamiento de las lágrimas y suspiros.

Por fin levantó la cabeza y volvió hacia Olimpia sus ojos húmedos.

— Voy á decírtelo todo... Aunque algo sospechas... Fuera secretos entre nosotras... ¡No volveremos á hablar de ello jamás... tanto si vivo... como si me voy... No... no llores así Olimpia... Es cierto que deseé morirme, sobre todo aquí, porque ¡se debe descansar tan bien en el pequeño cementerio de Ruillé!.. Cálmate... tú me cuidas demasiado para que eso suceda... Voy á contártelo todo para que puedas juzgarme...

— ¡No!, exclamó Olimpia; ¡no, Magdalena, no me digas nada, si te es doloroso!

— Será, al contrario, un desahogo para mí... Luego, verás cómo no pude hacer otra cosa...

(Continuará)



... al sentarse al piano, pálida como un cadáver, cayó hacia atrás desmayada

envidiable privilegio de visitar el estudio del maestro y de admirar la soberbia colección de sus obras, las cuales pueden calificarse de obras maestras, pues desde la más pequeña hasta la más gigantesca, todas llevan el sello de su genio esclarecido.»

La señorita Taccart se detuvo para recobrar aliento; después de estas frases ampulosas, dirigió una mirada á la muchacha que escuchaba, y notó el temblor convulsivo de sus labios.

— ¡No me engañaba!, pensó Olimpia.

Y continuó la lectura:

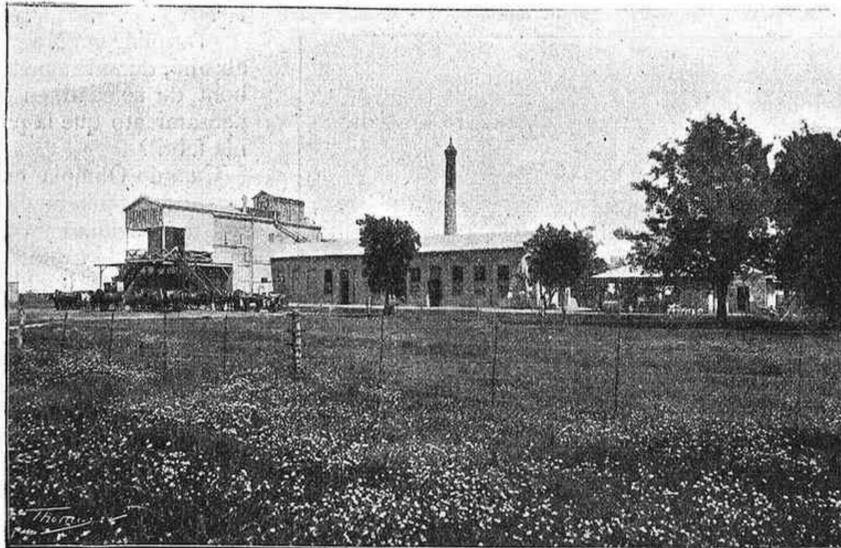
«El próximo envío del gran estatuero al *Salón* causará, sin duda, profunda sensación. Es una obra simbólica de un carácter extraño, muy impresionable y muy humana; se titulará *La eterna mentira!* Sobre un cuerpo de mujer, flexible, esbelto, una deliciosa cabeza de virgen. La sonrisa suave nos atrae,

REPÚBLICA ARGENTINA. BUENOS AIRES. «LA MARTONÁ»

A 45 minutos de tren y al Sur de la capital federal está situado el bonito pueblo de Cañuelas, pintoresco y animado durante el tiempo caluroso por las

El Sr. Casares, conjuntamente con su gerente D. Emilio Carballo, de muchos años atrás vienen estudiando, perfeccionando y trabajando, con cre-

caprichosa y de impecable limpieza, y conquistando el favor del público. Al fin han conseguido su propósito, pero á costa de grandes capitales invertidos



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. VISTA DEL LADO ESTE
(de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)

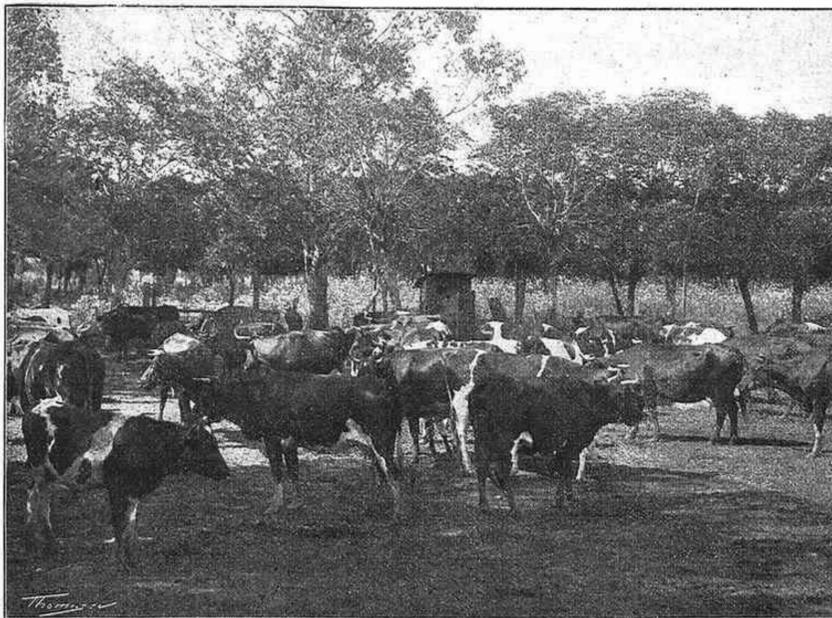


REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. VISTA GENERAL
DEL DEPÓSITO CENTRAL (de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)

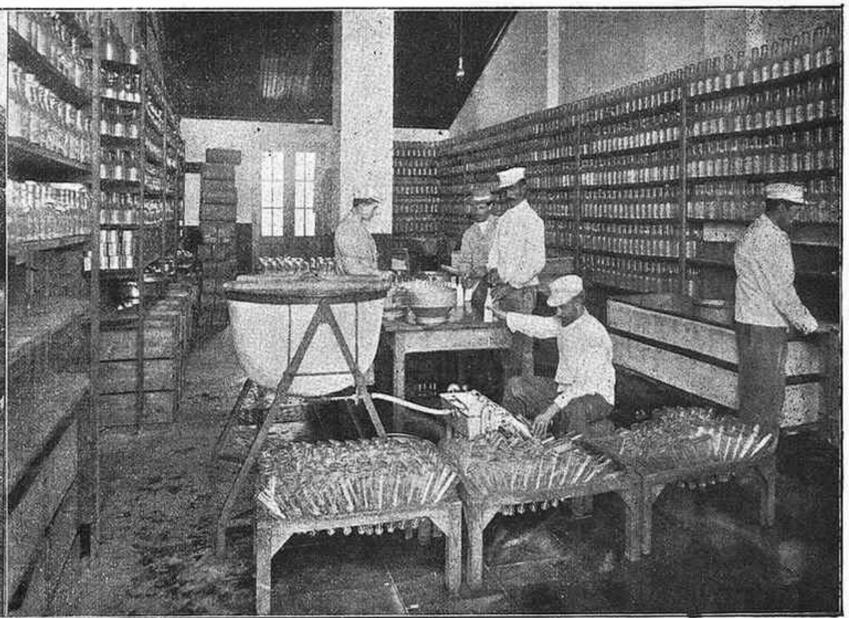
muchas familias que veranean en él, pero solitario y triste durante el invierno. En la parte de su ejido donde no decrece nunca la animación y el bullicio,

cientos de entusiasmo, en la industria de la leche y la manteca, buscando formas para conservar en todos tiempos frescas una y otra; ampliando paulatinamen-

en la maquinaria más perfeccionada, en múltiples pruebas, en la selección del ganado vacuno, no perdonando sacrificio para alcanzar el lugar eminente



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. VISTA GENERAL
DE UN TAMBO (de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. DEPARTAMENTO
DE LECHE MATERNIZADA (de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)

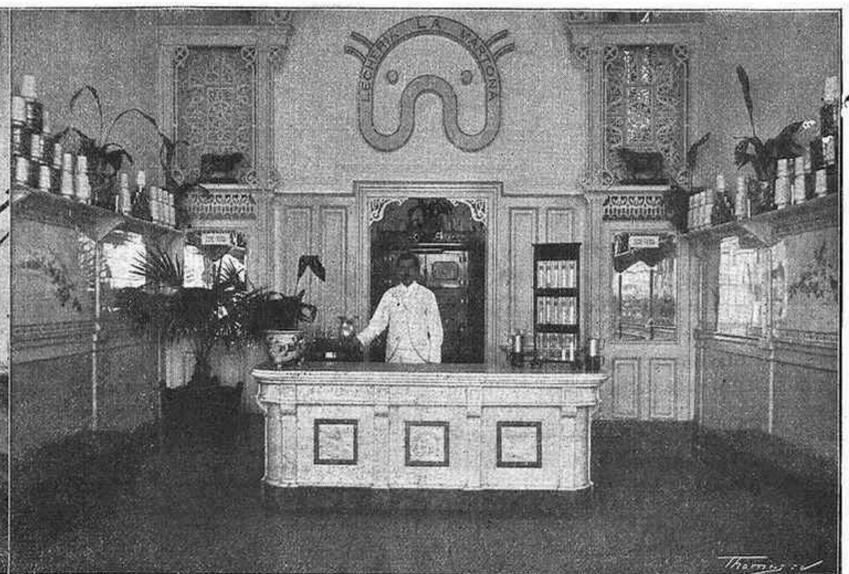
es en la extensa *estancia* de D. Vicente L. Casares, llamada «La Martona», cuyas tierras ocupan una superficie poco mayor de *ocho mil* hectáreas.

te la industria y el negocio y resolviendo el problema de la venta de los superiores productos en Buenos Aires, en casas decoradas *ad hoc*, en forma elegante,

que hoy ocupa en las grandes industrias del país; al punto que recientemente, un sindicato con un capital muy grande ha comprado por *cuatrocientas mil*



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. DEPARTAMENTO PARA
LA FABRICACIÓN DE LA MANTECA (de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. LA MARTONA. INTERIOR DE UNA
CASA DE VENTA (de fotografía de H. G. Olds, de Buenos Aires)

libras esterlinas cuanto con «La Martona» se relaciona; quedando al frente de la nueva Sociedad Anónima, como presidente, el propio Sr. D. Vicente L. Casares, y formando parte del directorio personas tan entendidas como los Sres. Carlos Pellegrini, Gonzalo Segovia, Belisario Lynch, José Mussini, Emilio Ressteng, Emilio y Héctor Casares.

Gracias á esto, han adquirido mayor impulso los trabajos y ha aumentado la actividad en los diferentes departamentos de la estancia y de la fábrica, en los depósitos generales de la capital y en las sucursales ó casas de venta ya mencionadas. En las últimas, el despacho diario de leche alcanza á veinte mil litros. Únicamente la vendida, contada por vasos de medio litro, á los transeuntes que acosados de sed ó deseosos de tomar un vaso de leche *pasteurizada ó esterilizada*, fresca, casi helada en verano y á temperatura natural en invierno, pasan generalmente de diez mil.

Esta cantidad enorme de leche es producida por cerca de ocho mil vacas de las mejores clases, muchas importadas.

Pero además del producto natural, «La Martona» confecciona una leche especial llamada *maternizada*,

por ser muy semejantes sus cualidades de gusto y nutritivas á la de la mujer que cría; leche que ha tenido envidiable éxito, no sólo en las casas cunas, hospitales, etc., etc., sino que también entre las familias, actuando como poderoso auxiliar de las madres que teniendo poca leche ó ninguna, no quieren dar sus hijos á manos mercenarias.

La producción de la manteca en panes pasa de dos toneladas diarias, habiendo dominado por completo el mercado por sus superiores calidades, llegando á escasear algunas veces por las grandes cantidades compradas para la exportación.

Además fabrica toda clase de cremas, natillas, flor de leche y otros productos derivados directamente de la leche.

Las casas de venta, distribuidas por el municipio, con que actualmente cuenta «La Martona», son *cuarenta y una*; todas ellas hermosas, con mucho gusto artístico decoradas, dominando el blanco y oro con plafones de azulejos pintados, muy agradables á la vista y excesivamente limpias; pero el nuevo directorio piensa aumentarlas hasta llegar á *ciento*.

Otra industria anexa á la descrita es la venta de huevos. En la estancia hay millares de gallinas, y to-

dos los huevos puestos durante el día son al siguiente distribuidos entre las casas de venta de Buenos Aires, en donde pronto se agotan. Todos los días la gerencia indica por teléfono el precio de venta.

En la fábrica llaman la atención los grandes depósitos frigoríficos, donde se depositan las mercaderías hasta el momento de ser remitidas al depósito general de Buenos Aires, de donde pasan á los frigoríficos que cada sucursal posee para la leche, cremas, manteca, etc.

Pasan de *setecientas* las personas empleadas en «La Martona.» Cuanto se precisa para la vida, engorde y conservación del ganado vacuno, caballo, aves, etc., todo sale de los bien cultivados terrenos de la propia estancia.

Todas las dependencias son iluminadas por la luz eléctrica.

Y para terminar: posee gran número de carritos, ó mejor dicho, cochecitos muy elegantes, para distribuir los encargos de leche ó de los demás productos á domicilio y á las horas que le convenga al consumidor.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris. LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*; los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. **PARIS, Rue Saint-Honoré, 165.** — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO A LAS SENORAS EL ANIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS. T^{ia} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165. TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO Pepsina Boudault Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS de PEPSINA BOUDAULT PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro Inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris. **PÍLDORAS BLANCARD** con Yoduro de Hierro Inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris. **PÍLDORAS BLANCARD** con Yoduro de Hierro Inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON con BISMUTHO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos. **JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS** Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas. Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

VALÍA HIGIÉNICO-SOCIAL DE LOS MANICOMIOS JUDICIALES, por *D. Eduardo Xalabarder*. — En esta luminosa memoria, que obtuvo el premio del Dr. Rodríguez Méndez en el concurso de 1899 á 1900, celebrado por la Academia de Higiene de Cataluña, estudia el distinguido médico titular de Caldas de Montbuy, Dr. Xalabarder, el problema de la locura en la criminalidad, analizándolo en todas sus fases y señalando las soluciones que la ciencia exige. Es un trabajo que demuestra, así la erudición, como el gran caudal de conocimientos propios que posee su autor, y que deben leer con gran atención cuantos por necesidad ó por afición se dedican á cuestión de tanta trascendencia. El folleto que nos ocupa, y que contiene además un notable estudio sobre «La legislación de los manicomios judiciales en España,» ha sido impreso en Barcelona en la tipografía «La Académica.»

PAELLA ARAGONESA, por *Sixto Celorrio*. — Contiene este libro una colección de cantares, cuentos y composiciones festivas, escritos con esa facilidad, esa gracia y ese donaire que caracterizan el género llamado baturro. Con esto, dicho queda que los chistes son cultos, naturales, nunca chabacanos ni rebuscados, y que regocian el ánimo del que los lee, sin que jamás el autor apele para lograr este resultado á recursos de mala ley: los cantares sobre todo son verdaderos modelos en su clase, y en todos ellos se advierten el buen sentido, el vigor, la rudeza si se quiere del pueblo aragonés. El tomo, editado en Zaragoza por D. Agustín Allué, lleva un ingenioso prólogo de Eusebio Blasco y numerosos dibujos de Gascón y se vende á una peseta.

EL PERÚ Y CHILE, por *Carlos Paz Soldán*. — Con este título ha publicado el conocido publicista peruano Sr. Paz Soldán dos interesantes folletos: en el primero estudia con gran acopio de datos y razonamientos la importante cuestión llamada de Tacna y Arica, analizando detenidamente la cláusula 3.ª del tratado de Ancón; el segundo es una carta abierta á los redactores de «El Correo Español,» de Buenos Aires, refutando las apreciaciones que acerca del folleto anterior había hecho ese periódico. Ambos trabajos han sido impresos en Lima en la Imprenta Liberal.



GOYA, estatua modelada por Vicente Bañuls

UNA HIJA DE EVA. MEMORIAS DE DOS JÓVENES CASADAS, por *H. de Balzac*. — La numerosa biblioteca de obras del famoso novelista francés que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Luis Tasso, se ha aumentado con estas dos narraciones, cuya lectura interesa por el desarrollo de la acción y cautiva por el profundo estudio psicológico que entrañan. Son dos joyas literarias, y cuanto pudiéramos decir en elogio de las mismas resulta innecesario tratándose como se trata de producciones debidas á una de las glorias más grandes y más legítimas de la literatura francesa. Las dos novelas están concienzudamente traducidas por el Sr. García Bravo y forman un tomo que se vende á una peseta.

LUCHAS DEL ALMA, por *Mario Arosena*. — Esta obra, que su autor denomina cuadro psíquico-dramático, está bien pensada y bien escrita y sobre todo intensamente sentida. Fué premiada en los juegos florales celebrados en junio último en la villa de Orotava y ha sido impresa en Tenerife en la tipografía de A. J. Benítez.

ARBOLES FRUTALES, por *Victor Miranda*. — Esta obra, de grandísima utilidad para los agricultores, consta de dos partes, una que trata de las plantaciones, injertos y podas en general, y otra en la que se dan reglas especiales para el cultivo y explotación de los principales árboles frutales. En todo el libro se observan gran sencillez, método y claridad de exposición, y sobre todo un espíritu práctico, que es lo que más importa en esta clase de tratados. Véndese á tres pesetas.

* *

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Opinión Postal y Telegráfica que se publica tres veces al mes en Barcelona (número extraordinario para celebrar el primer año de su existencia); *Bulletin d'informations de la colonie française de Barcelonne*, que se publica bajo el patronato de la sección de Beneficencia de dicha colonia y á beneficio de su obra; *Bibliografía Española*, revista quincenal madrileña; *El Mundo Latino*, semanario madrileño; *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares*, revista que se publica cuatro veces al mes en Buenos Aires; *El Literario*, publicación mensual de León (Nicaragua).

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS Y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las **Afecciones del**
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los **Reumatismos,**
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Franc. 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candès**
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES 55 Cr. 2º St-Denis, 48

El único Legítimo

**VINO
DEFRESNE**

con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Nouf
Y EN TODAS FARMACIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**VINO
NOURRY**

Por su sabor
agradable y
su eficacia en
los casos
de

**ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO**

Sustituye con ventaja
á las Emulsiones y
al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.